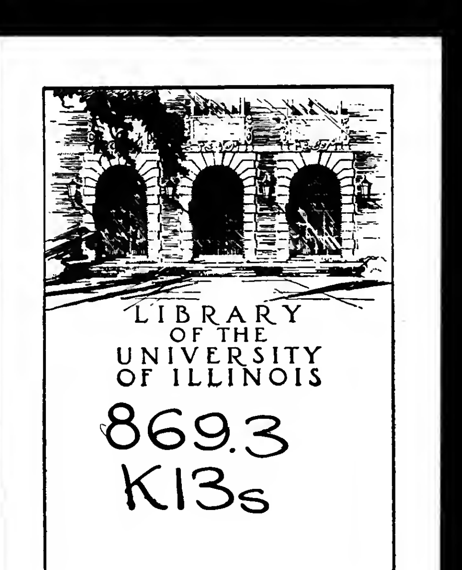

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS
869.3
K13s

MOISÉS KANTOR

SANDRO BOTTICELLI

Drama en 3 actos de la época del Renacimiento

GRISELDA

Leyenda dramática en 1 acto de la Edad Media

NOCHE DE RESURRECCIÓN

Drama en 3 actos de la época moderna

EDICIÓN DE "NOSOTROS"
BUENOS AIRES
1919

SANDRO BOTTICELLI
GRISELDA
NOCHE DE RESURRECCION

MOISÉS KANTOR

SANDRO BOTTICELLI

Drama en 3 actos de la época del Renacimiento

GRISELDA

Leyenda dramática en 1 acto de la Edad Media

NOCHE DE RESURRECCIÓN

Drama en 3 actos de la época moderna



EDICIÓN DE "NOSOTROS"
BUENOS AIRES
1919

SANDRO BOTTICELLI

IL NOSTRO BOTTICELLO
(LEONARDO DA VINCI)

Al Doctor Alejandro Korn.

El artista, por más elevado que sea su arte, no puede prescindir de la forma sensible para realizar sus imágenes. Cuando del artista se apodera la idea de Dios, en su alma nace un conflicto: la forma sensible en que antes envolvía sus ideas, resulta supérflua, hasta impide la pura contemplación de lo divino. El arte, su *arte, se transforma en su enemigo. El alma se desdobla, y si no vence una u otra tendencia, sucumbe.*

El poder que tuvo sobre Botticelli Savonarola, es un hecho verídico, pero no se explica tanto por la personalidad del célebre predicador florentino, como por la presencia de un Savonarola en el alma misma del pintor.

Por ser un conflicto universal, que tiene sus raíces en el alma humana y que proviene de la naturaleza del arte y de la religión, su hermana mayor, nos explicamos por qué Leonardo da Vinci llamaba a Botticelli con cariño fraternal: "Il nostro Botticello".

PERSONAJES:

SANDRO BOTTICELLI.
JERONIMO SAVONAROLA.
LORENZO MEDICI.
MARSILIO FICINO.
MONA GIOVANNA.
FRANCESCHINA.
FRA MARIANO.
BENVENUTO GRITTI.
PAOLO ALLEGRI.
EL MARINO.
NICCOLO.
PIERROT.
COLOMBINA.

CRIADOS y MENSAGEROS.
EL PUEBLO FLORENTINO.

FLORENCIA
1491-1498

ACTO I.

Palacio de los Médici.

ESCENA PRIMERA

LORENZO MEDICI, FRA MARIANO, BENVENUTO GRITTI, MARSILIO FICINO, FRANCESCHINA, PAOLO ALLEGRI, EL MARINO, CABALLEROS Y DAMAS.

LORENZO MÉDICI. — Os he invitado a mi modesta casa, ilustres conciudadanos de la hermosa y libre Florencia, para celebrar en vuestra compañía la bella Primavera. En el otoño de mi vida, siento con toda mi alma la Primavera de la Naturaleza, que vuelve con su fausto esplendor.

Siguiendo la costumbre de la casa de los Médici, de proteger a los que engrandecen a nuestra amada Florencia, os he invitado a todos: a filósofos y artistas, a religiosos y hombres de ciencia, a aquellos que dedican su vida al pensamiento, como a aquellos que son todo actividad, a aquellos que glorifican al Señor, y a aquellos que veneran a la Diosa - Belleza.

Y permitidme, amigos míos, dedicar esta fiesta a nuestro pittore excelentíssimo Sandro Botticelli. (*Voces de aprobación*).

Con su arte maravilloso nos ha dado un cuadro de la Primavera sin igual. Nuestro gran pintor ha consentido a pedido nuestro, presentar en un cuadro vivo su pagana Primavera que rebosa divinidad.

Mientras que el artista arregle su cuadro, bebed el rojo néctar y recreáos en una plática amena. Llenad las copas y brindad a la salud de Sandro Botticelli.

TODOS. — ¡Viva Botticelli!

FRA MARIANO. — ¡Viva Lorenzo Médici!

VOCES (*Con menos entusiasmo*). — ¡Viva Lorenzo Médici!

FRANCESCHINA. — ¡Viva Mona Giovanna!

EL MARINO. — ¿Quién es Mona Giovanna?

FRANCESCHINA. — La nieta de Marsilio Ficino, la mujer más hermosa de Florencia.

EL MARINO. — Después de Franceschina.
(*Franceschina ríe*)

MARIANO. — Su Excelencia nos habló hoy en un tono algo lúgubre del otoño de su vida. Su Excelencia vivirá aun muchos años para la gloria de la Iglesia y el bien de Florencia.

PAOLO. (*En voz baja*). — ¡Vil adulador!

MARSILIO FICINO. — La vida no pertenece al individuo, es de la Naturaleza: sereno y tranquilo debe quedar el hombre frente a la muerte.

LORENZO. — Mi vida pertenece al Estado, querido Marsilio, y la inquietud que se apodera de mi espíritu, es por el destino de nuestra hermosa Florencia, y pienso sin querer en la muerte.

MARSILIO FICINO. — La muerte no existe. Nuestra alma emana de la Inteligencia Universal, y, al morir el hombre, se une a ella.

FRANCESCHINA. — ¡Qué hermoso! Sólo que no te entiendo bien.

MARSILIO FICINO. — El alma baja de los cielos como una alondra misteriosa para tener en la tierra un nido de barro, y tornar cantando y aleteando a su celeste origen.

FRA MARIANO. — Las palabras de Marsilio son blasfemias a Dios, y su autor merece el castigo del fuego.

PAOLO. — ¡Este fraile maldito desearía quemar a todo el mundo!

MARSILIO FICINO. — El alma humana es una centella que viene de Dios para brillar fugazmente por nuestra inferior atmósfera, y volver a Dios en sus sublimes y eternas parábolas.

FRANCESCHINA. — Divino Marsilio, explícanos ¿cómo puede el alma emanar de la Inteligencia Suprema, que tú llamas Dios?

MARSILIO FICINO. — Como un rayo de luz de una lejana estrella, como el perfume de una flor.

EL MARINO. — Como el perfume de tu cuerpo, Franceschina.

FRANCESCHINA. (*Riendo*). — Calla, por Dios!

MARIANO. — ¿Si el alma emana de la Inteligencia Universal, como tú dices, entonces todas las almas son iguales?

MARSILIO. — Son iguales.

MARIANO. — ¿Y la de Judas y del Apóstol Pedro?

MARSILIO. — Son hermanas.

PAOLO. (*A Mariano*). — Como la tuya y la de un perro.

MARIANO. (*A Lorenzo*). — ¡Hazlo callar!

PAOLO. — ¿No ves, Signore, que este fraile malvado forja en silencio las armas para estrangular la libertad de Florencia? Es discípulo de Savonarola.

MARIANO. — No lo soy más.

PAOLO. — Sí, vendiste a tu maestro y eres capaz de vender al mundo entero.

LORENZO. — ¡Silencio! En la casa de los Médici debe reinar la paz. Y la paz es imposible sin tolerancia. Dáos las manos.

PAOLO. — ¡No!

LORENZO. — ¡Yo digo — sí!

(*Paolo y Mariano se estrechan las manos*)

FRANCESCHINA. — Yo siempre he concebido a Dios con mi corazón.

MARIANO. — ¿Con tu corazón de pecadora?

FRANCESCHINA. — Con mi corazón de mujer, imbécil.

MARSILIO. — El corazón y el entendimiento son las dos alas que sirven al hombre para remontarse a su patria celeste: algunos llegan ahí por el corazón, otros por la inteligencia.

FRANCESCHINA. — ¿Y los que no tienen ni corazón, ni inteligencia, como ese? (*Señalando a Fra Mariano*)

BENVENUTO GRITTI. (*Médico*). — Sólo la Ciencia es capaz de disipar las tinieblas que reinan en torno nuestro. Sólo la Ciencia puede darnos una concepción del mundo, de todo el Universo: de las estrellas que lo componen, de la tierra que habita el hombre, de las sociedades humanas, del átomo que compone los elementos y la energía que anima a la materia, de las causas del dolor, como de las causas de la dicha, de

la vida corta y pasajera y de la muerte que no perdona nada y a nadie, del Todo.

VOCES. — ¡Bravo! ¡Bravo!

PAOLO. — Ya tenemos a un nuevo Apóstol, con su ídolo nuevo. Para mí todos los ídolos son iguales. ¡Abajo con todos!

LORENZO. — La ignorancia es inocente, Paolo mío. Escucha atento a los que toman por consejero a la divina razón, y calma tu ardor guerrero.

MARSILIO. — La Ciencia es la hija de la Filosofía.

BENVENUTO. — ... que se apartó de su madre e irá por caminos nuevos.

MARSILIO. — Todos los caminos son buenos si llevan a Dios.

LORENZO. — Nuestro distinguido huésped, el lobo del mar, está preso en las redes de la bella Franceschina que lo encanta y cautiva más que las náyades y ninfas. ¿Se olvidó de sus peligros y de sus aventuras?

FRANCESCHINA. — ¡Está en un peligro mayor que nunca, Signore!

(*Risas*)

LORENZO. — ¿Cuándo volverá a Génova mi amado huésped?

EL MARINO. — La semana próxima, Signore!

LORENZO. — ¿Y para dónde se embarcará?

EL MARINO.—Para España, Signore; iré a reunirme con Cristóforo Colombo.

PAOLO. — ¿Quién es Cristóforo Colombo?

MARIANO. — Un gran aventurero, un loco que afirma que la tierra es una esfera y lanzándose a la alta mar, sin rumbo y sin guía, en busca de tierras nuevas, desafió a Dios y a la sana razón.

BENVENUTO. — Cristóforo Colombo dice la verdad: la tierra tiene la forma de una esfera.

MARIANO. — Ja, ja... ¿Se puede ser tan necio para creer que los habitantes del otro hemisferio tienen los pies más altos que la cabeza?

BENVENUTO. — Las verdades se demuestran, no se aceptan ni se rechazan por la fé; y Cristóforo Colombo descubrirá un Mundo Nuevo.

MARIANO. — Es ridículo creer en la existencia de los antípodas. La Escritura no los menciona en ninguna parte, luego no pueden existir.

El día del Juicio Final el Señor descenderá de los aires. Los antípodas no lo llegarían a ver, luego no pueden existir. Vuestro Cristóforo Colombo es un ignorante que no ha leído la Santa Escritura.

BENVENUTO. — Cristóforo Colombo ha leído en un libro más vasto, más profundo, que la Santa Escritura. En este libro la verdad está escrita con letras de oro.

MARIANO. (*Con desdén*). — ¿Qué libro?

BENVENUTO. — Este libro es la Naturaleza.

EL MARINO. — Yo no sé nada de todo esto.

Una gran pasión se apoderó de mi alma, y me impulsa con un poder irresistible hacia lo Infinito. Y una fé inmensa tengo en ese hombre maravilloso que se llama Cristóforo Colombo. Además quiero ver con mis propios ojos al gran Kan.

VARIOS. — ¿Al gran Kan? ¿Quién es el gran Kan?

EL MARINO. — Es el Emperador de las tierras incógnitas. Dicen que es un gigante, un hombre de una fuerza inaudita y posée riquezas tales que nunca en la vida mortal alguno ha visto.

FRANCESCHINA. — ¿De veras?

EL MARINO. — Vive en un palacio de oro, lleva una magnífica corona con diamantes, tan claros, como tus ojos, Franceschina. Tiene tantas perlas preciosas, rubíes, záfiros y esmeraldas, cuantos granos de arena lleva el Arno. Duerme en una cama de oro, bebe en copas de esmeralda, come en una mesa de oro, se baña en un baño de oro. Dicen que es un mago y tiene en su poder las fuerzas subterráneas que le acuñan el precioso metal.

FRANCESCHINA. — ¡Qué hermoso es todo eso!

FRA MARIANO. — ¿Cree en Dios tu gran Kan?

EL MARINO. — Adora a ídolos, a los que sacrifica hermosas mujeres de su inmenso Imperio.

Y Cristóforo Colombo, a quien tú llamas

aventurero y loco, le convertirá a la fe cristiana, bondadosa y dulce, que le enseñará ver en la mujer a su propia hermana.

LORENZO. — Tu leyenda es preciosa, amado huesped y tu fe admirable.

(Entra un mensajero y habla en voz baja con Lorenzo).

ESCENA II

TODOS Y EL MENSAJERO.

(Franceschina y el marino conversan en voz baja).

FRANCESCHINA. — ¿Dentro de una semana te embarcas?

EL MARINO. — Sí, Franceschina.

FRANCESCHINA. — ¡Cómo te envidio! También mi alma ansía lo desconocido y lo maravilloso.

EL MARINO. — Pero antes de irme tendré en mis brazos a la mujer más hermosa de Florencia.

FRANCESCHINA. — ¿A Giovanna?

EL MARINO. — No, a Franceschina.

FRANCESCHINA. — ¿Estás seguro que seré tuya?

EL MARINO. — Sí.

FRANCESCHINA. — ¿Seguro, seguro?

EL MARINO. — Como estoy seguro de ver con mis propios ojos al gran Kan.

FRANCESCHINA. — Ja, ja, ja!

LORENZO. — Los asuntos del Estado no nos dejan descanso, y nos persiguen, como el cazador a su presa.

MARSILIO. — ¿Son buenas las noticias?

LORENZO. — Maravillosas. Recibimos un mensaje del rey de Nápoles, donde se nos dá testimonio de la más leal amistad.

VARIOS. — ¡Viva el rey de Nápoles! ¡Viva Florencia!

(*Entra otro mensajero*).

LORENZO. — Dí en voz alta lo que te trae aquí. Todos los presentes son nuestros amigos y Lorenzo Médici un simple ciudadano y servidor de Florencia.

EL MENSAJERO. — En la plaza de la Señoría, Signore, dos niños jugando se dieron puñaladas; uno de ellos cayó sin sentido.

PAOLO. — Ja, ja!

EL MENSAJERO. — En la plaza de Santa Croce dos hombres lucharon sin testigos. Los dos quedaron muertos en el acto.

PAOLO. — ¡Qué bravos los dos! (*riendo*) Dadles la sepultura cristiana.

EL MENSAJERO. — Benvenuto Credi vengó a su

hermano y mató al asesino de éste. Huyó y no podemos dar con él.

PAOLO. — ¡Viva Benvenuto Credi!.

EL MENSAJERO. — Los acaparadores de impuestos asesinaron a un campesino que se negaba a pagar.

LORENZO. — Prendedlos en seguida! ¡Ponedles cadenas!

EL MENSAJERO. — Dos condottieros robaron a su vez a los empleados, los mataron y echaron sus cuerpos al Arno... Andrea Pazzi...

LORENZO (*Palidece, en voz baja*). — ¡Calla!...

Botticelli baja del proscenio con paso lento, se aproxima a la mesa.

ESCENA III

TODOS Y BOTTICELLI.

TODOS. — ¡Botticelli! ¡Viva Botticelli!

(*Lorenzo despide con un ademán a los mensajeros*).

BOTTICELLI. — A una señal tuya, Signore, se levantará el telón y aparecerá el cuadro de la Primavera.

LORENZO. — A tí te corresponde dar esa señal.

BOTTICELLI. — No, Signore.

LORENZO. — La modestia de nuestro amado Botticelli iguala a su genio. (*Da la señal; se levanta el telón*).

La escena representa una asamblea de dioses y diosas en un bosque de naranjos con frutos dorados.

Es el crepúsculo. La figura principal es Venus; esbelta y fina, de dulce y triste sonrisa, sostiene con una mano su rico manto de brocado; con la otra marca el ritmo a la danza de las Gracias, que están a su derecha: pensativas, algo tristes, cubiertas de fina gasa que en pliegues armoniosos se abraza a sus cuerpos, bailan lentamente con las manos enlazadas.

A la derecha, una misteriosa figura de una mujer joven simboliza la Primavera. Está toda vestida de flores. Las flores adornan su cabello, abrazan con una guirnalda flexible su talle esbelto. Su vestido de seda blanca está bordado de violetas, de jacintos, de margaritas.

Ella anda con un paso ligero, sumerge sus pies desnudos en el césped verde, cubierto con flores primaverales; con ambas manos arroja rosas a su alrededor.

El niño Amor, con sus ojos vendados, lanza su flecha mortal en dirección a las Gracias.

A la izquierda Mercurio adolescente, cubierto de un casco ligero admira las Diosas (1).

Desde lejos llegan los tonos de una música suave; parece que viene del aire, lleno del divino néctar de las flores.

Los presentes contemplan el cuadro, mudos por la sensación de grandeza, que cautiva a todos.

Llega el último acorde, que parece un suspiro de la muerte. Cae el telón.

Pasa un largo silencio.

LORENZO. — Es un cuadro divino, inspirado por los dioses.

FRA MARIANO. — Es un cuadro pagano inspirado por Satanás.

PAOLO. — Ja, ja, ja!

FRANCESCHINA. — Es todo Amor, todo dulzura, (*al marino*), pero su amor es tan triste como la muerte.

MARSILIO. — Tu obra es grande, Botticelli, es "cosa mentale" e inmortalizará tu nombre. Ningún otro pintor supo como tú presentar la idea, que es la esencia de las cosas. Tu arte es platónico. Lo bello presentas en lo divino y lo

(1) La descripción del cuadro de la Primavera es de A. Pitet.

divino en lo bello. Y el aroma que llega de tus cuadros, el perfume con que están penetrados, lo invisible que con un poder de maestro, sabes imprimir a lo visible, lo misterioso que pones en el fondo de tu creación, hacen de tí el artista más grande que ha existido en el mundo. Sólo que no llegaste todavía a la paz.

LORENZO (*Sonriendo*). — Como tú, Marsilio.

BENVENUTO. — Bah! Son palabras, nada más que palabras! Botticelli consigue sus éxitos, porque estudió hasta el fondo la anatomía del cuerpo humano. Sus cuadros son perfectos, porque armonizan con la naturaleza, porque son copias exactas de sus modelos. El arte de Botticelli es su Ciencia. Sin Ciencia no hay arte.

LORENZO. — ¿Y qué dices tú, amado Botticelli?

BOTTICELLI. (*Distraído*). — Nada, nada tengo que decir, Signore.

LORENZO. — (*Levantando la copa*). — Por la salud de Botticelli!

VOCES ENTUSIASTAS. — ¡Viva Botticelli!

(*Aparece Savonarola*).

Sensación.

ESCENA IV.

TODOS Y SAVONAROLA.

SAVONAROLA. — ¡La maldición sea con vosotros! ¡Malditos seáis, mil veces malditos!

FRA MARIANO. (*Inquieto*). — ¿Quién le llamó?

SAVONAROLA. — ¡Nadie, nadie me llamó, Judas infame, vil servidor! (*A Lorenzo*). Muchas veces errabas en el jardín de San Marcos, buscando un pretexto para hablarme. Ahora, aquí estoy, en tu palacio magnífico, en la atmósfera de corrupción y de vicio que creaste a tu alrededor, entre tus amigos embriagados de vino y tus amigas que lucen sus cuerpos desnudos, adornados de perlas y piedras preciosas.

PAOLO. — ¡Maldito fraile! (*A Lorenzo*). ¡Una sola orden tuya y pronto quedará despachado!

LORENZO. — ¡Déjalo! La muerte espera a quien atentara contra la vida de Fra Savonarola!

SAVONAROLA. — ¡En vano quieres comprarme! En vano haces donaciones a mi convento, en vano te declaras defensor de mi vida; quedaré implacable contigo hasta la última hora, hasta la hora de tu próxima muerte.

LORENZO. (*Con una sonrisa forzada*). — No pien-

so en la muerte! Estoy en el pleno poder de mi vida y de mis años!

SAVONAROLA. — ¡Te engañas! En nombre del justo y del fuerte Dios vengo a revelarte la verdad.

¡Pronto morirás! Los días de Lorenzo Médici, tirano de Florencia, están contados.

Una gran hoguera te espera en el Infierno que eternamente tostará tu alma corrompida. El rey de Nápoles, tu fiel amigo, no tardará en seguir tu camino. El rey de Francia invadirá a Florencia y no dejará piedra sobre piedra.

¡Ay de vosotros todos, mercaderes ilustres, plagas, muerte, llanto y hambre os esperan!

¡Ay de tí, ciudad corrompida, porque en una hora serás desolada!

Jamás se oirá en tí voz de tañedores de cítara, ni de músicos, ni de tocadores de flauta, y maestro de ningún arte será hallado en tí jamás!

¡Y luz de antorcha no lucirá jamás en tí!

¡Y voz de esposo no será oída más en tí, porque tus mercaderes eran los príncipes de la tierra, porque en tus hechicerías erraron todas las gentes!

FRA MARIANO. — ¡Es un falso profeta! ¡No lo escuchéis! ¿Y no tienes alguna profecía para tí mismo? ¡El papa santísimo te mandará un som-

brero de cardenal por tus sermones contra la Santa Iglesia y la Ley! ¡Je, je!

SAVONAROLA. — Sí, traidor, sé lo que me espera, y lo sabes tú también! Me espera la gloria, la gloria que Dios dió a todos sus santos: la muerte. Un sombrero rojo de color de sangre, el martirio, he aquí lo que me espera!

BOTTICELLI. (*Desde el momento de la entrada de Savonarola tiene en él fija su mirada, se aproxima a él, cae de rodillas, cabizbajo*)—
Frate Savonarola, dame tu bendición.

SAVONAROLA. (*Orgulloso, rechazándole con la mano*). — No. Nadie en esta cueva hedionda merece la santa bendición.

BOTTICELLI. — (*Se prosterna, besa los pies de Savonarola*). — Frate Savonarola, dame tu bendición, dame tu bendición, frate Savonarola.

SAVONAROLA. — ¿Quién eres?

BOTTICELLI. — Soy Botticelli, soy Sandro Botticelli, un humilde y pobre pintor, que en vano luchara toda su vida para encontrar a Aquel, en cuyo nombre tú hablas. ¡Dame tu bendición, frate Savonarola!

SAVONAROLA. — ¡No! Primero quítate tu vestido bordado de oro y ponte el hábito sagrado, deja este nido de mercaderes y corruptores, quema tus cuadros paganos, y después... ven a mí.

BOTTICELLI. (*Se arrastra por el suelo, buscando las manos de Savonarola*). — En nombre del Dios bondadoso y clemente, dame tu bendición!

SAVONAROLA. — En nombre del Dios, justo y fuerte te la niego... Soy mensajero de la ira de Dios. ¡Ay de vosotros todos, mercaderes ilustres, como éste os arrastraréis por el suelo pidiendo auxilio en vano! ¡Ay de tí, ciudad de Florencia, se aproxima el día del Juicio Final!

BOTTICELLI. (*Siempre postrado ante Savonarola, repite maquinalmente*). — Dame tu bendición, frate Savonarola, dame tu bendición...

ACTO II.

Estudio de Botticelli.

ESCENA PRIMERA

BOTTICELLI Y NICCOLO.

NICCOLO. — (*rico mercader de Venecia*).

Ilustre Botticelli, pittore excelentissimo, flor de los pintores de Italia, gloria de Florencia, no me hagas desesperar con tu negativa: véndeme uno de tus cuadros preciosos. No debe preocuparte el destino que tendrá. Je, je... En mi modesta casa de Venecia, que es más rica que el palacio de los Médici, tu cuadro se encontrará en buena sociedad: al lado de los

de Donatello, de Mantegna, de Vivarini, de Bellini, de Crivelli, de...

BOTTICELLI. — ¡ Nada te venderé, viejo!

NICCOLO. — Je, je ¡ No te enojes, pittore bonnissimo! ¡ Sé prudente! ¡ Para qué vas a guardar en tu estudio tantos cuadros, si ya no tienes lugar ni dónde darte vuelta! Cada una de tus obras representa un capital, y el capital hay que empujarlo, moverlo... Je, je!

BOTTICELLI. — Es inútil, anciano, nada te venderé.

NICCOLO. — Je, je! Paciencia, Botticelli, con paciencia a todo se llega! Dime, para qué has juntado tantos cuadros, sino para venderlos? ¡ Quieres quedarte con ellos como un avaro sobre sus montones de oro? Je, je... Escúchame, Botticelli, Dios a tí te ha dado el genio de artista, tú diriges tu pincel con tanta facilidad y acierto, como yo con una señal de mi mano encamino los barcos, que navegan hacia el Oriente en busca de mercaderías, las que en mi poder se transforman en oro. Tú tienes cuadros de valor, yo dinero. Cambiemos uno por otro.

BOTTICELLI. — ¡ No!

NICCOLO. — ¡ Este Baco! ¡ Es maravilloso! Tienes un raro don de no parecerte a nadie... No imitas, sacas tus cuadros de tu interior; tú tienes una visión interior, Botticelli. Je, je!

¡Pero no puedes sobrepasarte a tí mismo! Tus cuadros se parecen uno a otro, como dos gotas de agua, y tu Baco es tan triste como San Francisco de Asis. Je, je! Véndeme este cuadro, Botticelli, y te pagaré mil florines.

BOTTICELLI. — ¡No!

NICCOLO. — ¡Dos mil florines!

BOTTICELLI. — ¡No!

NICCOLO. — ¡Tres mil florines!

BOTTICELLI. — ¡No!

NICCOLO. — ¿Cuánto quieres entonces?

BOTTICELLI. — ¡Nada, no quiero venderlo!

NICCOLO. — Ilustre Botticelli, reflexiona un poco. A ningún pintor se ha pagado tanto por un cuadro, cuanto te pagaré a tí. ¡Te doy diez mil florines!

BOTTICELLI. — ¡No!

NICCOLO. — ¡Me extrañas! ¡Te pago por un cuadro, por un solo cuadro, tanto cuanto vale un barco cargado de mercaderías y te resistes! Je, je. No lo dices en serio! ¡Quieres reirte un poco de mí! Bien, te doy dos mil florines más. Son doce mil florines, amado Botticelli.

BOTTICELLI (*Pensativo*). — ¿Dices que mi Baco se parece a San Francisco de Asís?

NICCOLO. — Sí, sí, ¿no lo ves? tiene la misma expresión de dolor en los ojos, en su vaga son-

risa se nota una tristeza infinita. Su alegría es de un hombre que a sí mismo se condenó a muerte, y sus manos, sus finísimas manos, son manos de un mártir. Je, je!

El viejo Niccolo mucho ha visto en su vida, pero nada vió semejante! Je, je! Para otros los santos son santos y los demonios demonios; para tí el santo y el demonio están en un solo ser. Je, je! Cuando estuve en Roma, admiraba en la Capilla Sixtina tu "Tentazione di Cristo"; pintaste al demonio con hábito franciscano. Ante tu "Scene della vita di Mosé" quedé atónito mirando el gesto del viejo profeta que levanta la mano para maldecir al pueblo que traicionó a su Dios: la maldición te resultó una bendición! Je, je...

Es magnífico, sencillamente magnífico, nadie te iguala en el conocimiento del alma humana; véndeme tu Baco, Botticelli, pídeme lo que quieras. Te daré la mitad de mi fortuna en cambio de tu Baco.

Botticelli se aproxima al cuadro, lo saca del marco.

NICCOLO. — ¿Me lo vendes? ¡Te has resuelto al fin!

BOTTICELLI. — ¡Quédate con él!

NICCOLO. — ¿Me lo das? ¿Me lo vendes?

BOTTICELLI. — ¡Te lo regalo!

NICCOLO. — Je, je!... ¡Qué regalo magnífico! ¡El rey más poderoso de la tierra no podría hacerme un regalo semejante! Je, je... Ya sabía que eres bueno, todo el mundo dice que Botticelli es de una bondad infinita. (*Se inclina profundamente y murmura*).

Ilustre Botticelli,... pittore bonnissimo... (*Temiendo un cambio en la actitud de Botticelli*) Me voy, me voy, no quiero molestarte más (*váse*).

(*Aparece un criado*).

EL CRIADO. — La ilustre señora!

Entra Giovanna, vestida como Venus en el cuadro de la Primavera. Botticelli se inclina profundamente, besa su mano.

ESCENA II

BOTTICELLI Y GIOVANNA.

GIOVANNA (*Sonriendo*). — Me encontré en la escalera con un anciano que apretaba algo entre sus brazos como si temiera que se lo robaran; murmuraba: es loco, se ha vuelto loco, y reía dichoso...

BOTTICELLI. — ¡Es un rico mercader de Venecia!

GIOVANNA. — Le vendiste algo?

BOTTICELLI (*Inquieto*). — Sí.

GIOVANNA. (*Mira alrededor*). — ¿Le vendiste el Baco?

BOTTICELLI. — Sí...

GIOVANNA.—¡Contestas de un modo tan evasivo!... Te noto muy cambiado, Sandro. Desde que Savonarola se introdujo en el palacio de los Médici, y tú caíste a sus pies, como un pájaro encantado por una víbora, eres otro, Sandro mío!

BOTTICELLI. — ¡Soy el mismo!

GIOVANNA. — ¡No, no! pasa en tí algo tan extraño, que me tiene inquieta.

BOTTICELLI. — ¿Te inquietas por mí?

GIOVANNA. — Por tí y por tu grandeza.

BOTTICELLI. — ¿Por mi grandeza?

GIOVANNA. — Por la grandeza del primer pintor de Florencia.

BOTTICELLI. — Ah, por eso...

GIOVANNA. — La grandeza en el artista es su joya más preciosa. Quítasela y aparecerá un hombre vulgar.

BOTTICELLI. — ¡Sí, Giovanna!

GIOVANNA. — ¡Tú no te debes a tí mismo! Tú eres de Florencia y de Italia.

BOTTICELLI. — Lo mismo dice Savonarola.

GIOVANNA. — ¿Qué dice Savonarola?

BOTTICELLI. — Que no me debo a mí mismo.

GIOVANNA.—¡Tu Savonarola es un falso profeta!

Es apóstol del odio! ¡Nunca habrá amado en su vida!

BOTTICELLI. — Amó... una vez...

GIOVANNA. — ¿Y?

BOTTICELLI. — Y fué despreciado... como yo, Giovanna.

GIOVANNA (*Turbada*). — ¿Tú, despreciado?

BOTTICELLI. — ... Por tí.

GIOVANNA. — ¡No es verdad!

BOTTICELLI (*Con amargura*). — ¿Me amas?

GIOVANNA (*Pausa*). — ¿A qué llamas tú amor?

BOTTICELLI (*Con amargura*). — ¡Perteneces a otro!

GIOVANNA. — No seas tan pequeño para pedirme un amor que puedo dar a otro! (*Con fuerza*). Basta de palabras, Sandro. ¡Al trabajo! No pierdas tu tiempo en implorar el amor de una mortal, tú que resucitas a diosas y dioses con tu mágico pincel. ¿Qué haremos hoy? (*Sonriendo*). ¿De qué te serviré de modelo, de una Madonna, o de una Venus?

BOTTICELLI. — De la Verdad, Giovanna, de la Verdad en mi cuadro que simboliza "La Calumnia".

GIOVANNA. — ¡Muéstrame tu cuadro!

BOTTICELLI. — No, Giovanna, después que esté terminado.

GIOVANNA. — Debes mostrármelo ahora mismo.

BOTTICELLI. — ¿Y si no lo quiero?

GIOVANNA. — Entonces no seré tu "Verdad".
BOTTICELLI. — *¡Sea! (Descubre el cuadro). (Pausa).*
GIOVANNA. — ¿Quién está en el trono?
BOTTICELLI. — La Injusticia.
GIOVANNA. — ¿Y a su lado?
BOTTICELLI. — A la derecha — la Ignorancia, a la izquierda — la Superstición.
GIOVANNA. — ¿Y las figuras del centro?
BOTTICELLI. — La Envidia y la Calumnia tiran del cabello a un hombre desnudo, su víctima.
La Perfidia y el Fraude coronan de flores a la Calumnia.
GIOVANNA. — ¿Y esta asquerosa vieja, vestida de negro?
BOTTICELLI. — Es el Remordimiento.
GIOVANNA. — ¿Y a la Verdad, dónde la colocas?
BOTTICELLI. — Al lado del Remordimiento.
GIOVANNA. (*Pausa*). — Después de la "Primavera" es tu cuadro más hermoso, Sandro mío.
BOTTICELLI. — No lo es todavía, le falta la Verdad. No hay belleza sin Verdad, y donde no estás tú no puede estar la belleza.
GIOVANNA. — La Verdad no te faltará, Sandro mío, orgullo mío, amado mío.
BOTTICELLI. — ¿Amado tuyo?
GIOVANNA. — ¿Dije amado mío...? digo amado, y no amante. ¿No puedo amarte como una madre

ama a su hijo? Como para una madre su hijo, eres para mí el mundo entero.

BOTTICELLI. — Prefieres a otro, amas a otro, perteneces a otro...

GIOVANNA (*Con fuerza*). — Calla...! (*con malicia*). Pero díme, Sandro mío, qué querías decir con tu Calumnia?

BOTTICELLI. — ¡No te entiendo!

GIOVANNA. — ¿Qué significa tu Calumnia, Sandro?

BOTTICELLI. (*Con un ademán señala el cuadro*). — Pregúntaselo a ellos.

GIOVANNA. — Sea... Si tú no quieres hablar, que hablen ellos. ¡Dime tú, que estás sentado en el trono de la Injusticia, ¿por qué tienes la cara tan triste como si llevaras la cruz en tu pecho?... ¿por qué te pareces a Nuestro Señor? ¡Y decidme vosotras, náyades y ninfas que representáis la Envidia, el Fraude y la Superstición, ¿por qué sois tan divinamente hermosas como si una luz brillara en vuestro interior?

Y dime tú, vieja deforme, que representas la Conciencia ¿por qué eres tan falta de sinceridad, tan cobarde y tan vil?

BOTTICELLI. — ¡Cómo me conoces, Giovanna!

GIOVANNA (*Riendo*). — Y dime tú, pittore bonnissimo, si en tu cuadro el Injusto es el Justo, el Fraude y la Envidia son bellos, la Conciencia

traidora ¿cómo representarás la Verdad, sino fea y mala? Ja, ja...

BOTTICELLI. — La verdad serás tú.

GIOVANNA. — Una verdad que miente, no?

BOTTICELLI. — Será como tú, Giovanna.

GIOVANNA. — Pero si quieres pintar la Verdad debes conocerla.

BOTTICELLI. — La conozco como a tí, Giovanna.

GIOVANNA. — ¿Y dudas de mí y de ella? Bien, basta de palabras. Dime, cómo vas a dibujarme?

BOTTICELLI. — Desnuda.

GIOVANNA. — ¿Completamente desnuda?

BOTTICELLI. — La verdad es desnuda, Giovanna, y aun así...

GIOVANNA. — ¿Qué quieres decir?

BOTTICELLI. — Nada he dicho...

GIOVANNA (*Después de una breve lucha*). — Bien, Sandro mío, tendrás la Verdad, así como tú la quieres. (*Se quita el vestido, quedando como la figura de la Verdad en el cuadro la "Calumnia"*).

BOTTICELLI. (*Cae de rodillas ante Giovanna*).— ¡Eres una Diosa y yo soy tu esclavo, tu más humilde esclavo que pone a tus pies su vida, su libertad, su honor. Mi grandeza, mi vida, mi gloria eres tú, y mi pena mortal eres tú, Giovanna!

Manda a tu esclavo y te obedecerá en todo.

GIOVANNA. — ¿En todo?

BOTTICELLI. — En todo.

GIOVANNA. — Deja a Savonarola. Es tu enemigo. Quiere perderte. Te tiene envidia y quiere perderte.

BOTTICELLI. — Dejaré a Savonarola.

GIOVANNA. — ¡No pienses más en Savonarola!

BOTTICELLI. — No pensaré más en Savonarola.

GIOVANNA. — ¡Ponte a trabajar!

BOTTICELLI. — Trabajaré.

GIOVANNA. — ¡Ahora mismo!

BOTTICELLI. — ¡Permíteme quedar un solo instante a tus pies. Concédeme esta dicha!

GIOVANNA. (*Se viste rápidamente, se abriga con su manto, pasa su mano sobre la cabeza de Botticelli*). — ¡Pobre Sandro mío! (*Silencio*).

BOTTICELLI. — Tú eres mi Diosa y eres mi obra. Tú estás en todas partes, Giovanna, tú eres mi todo, mi mundo, y tras este mundo no veo otro. Mis Venus y mis Madonas te presentan a tí; no he pintado otra mujer que no fueras tú. Mis ojos no ven más que a tí, mi alma no anhela más que a tí, mi mano no pinta más que a tí. En tí quería representar toda la eternidad, todo el universo, todos los tiempos y toda la vida. De lo eterno y lo infinito que me mortificaba, que me atraía con una fuerza misteriosa y me infundía un inmenso terror, busca-

ba refugio en tí, y en tí encontraba de nuevo lo eterno y lo infinito que mortifica, atrae con fuerza irresistible e infunde terror. Y multiplicaba mis cuadros, y en todos estás tú, y en todos queda el enigma mortal.

GIOVANNA. — Cálmate, Sandro mío!

BOTTICELLI. — Toda la eternidad se disuelve en el momento que te contemplo, pero este momento se agranda, pierde sus límites en el tiempo. Este momento es eterno, Giovanna!

GIOVANNA. — ¡Sandro mío, Sandro mío!

(*Botticelli busca sus manos, las besa*).

GIOVANNA. (*Las quita con dulzura*). — No, Sandro, no...

BOTTICELLI. — ¿No me amas?

GIOVANNA. — Nunca seré tuya.

BOTTICELLI. — ¡Muchas veces te odio, Giovanna! Cuando sucumbo de amor, cuando me faltan las fuerzas, recurro a este medio infame, como un borracho al opio. Lleno mi copa de blanco y puro cristal con este mortal veneno, y bebo ansioso de olvidarte, de no pensar en tí, de no vivir por tí, de no respirar para tí.

Pero pasa el odio y el veneno se transforma en divino néctar, y mi amor se vuelve aún más intenso, más grande.

GIOVANNA. — Basta, Sandro, debo irme...

BOTTICELLI. — No, no... un solo instante más...

GIOVANNA. — ¡Déjame ir!
BOTTICELLI. — ¡No te dejaré!
GIOVANNA. (*Dá unas palmadas con la mano, entra el criado*). — Mándame mi doncella.

El criado sale. Aparece la doncella. Botticelli queda profundamente pensativo.

GIOVANNA. — ¡Adiós, Sandro!
BOTTICELLI. — Adiós, Giovanna.
GIOVANNA. — ¡Piensa en tu promesa!
BOTTICELLI. — ¿En qué promesa?
GIOVANNA. (*Riendo*). — ¿Ya te olvidaste? Prometiste dejar a Savonarola, no pensar más en él, ponerte al trabajo y cuidar tu gloria que es la de Florencia y de Italia.
BOTTICELLI. — ¡Cumpliré mi promesa!
GIOVANNA. — ¡Adiós, Sandro!

(*Vanse Giovanna y la doncella*).

ESCENA III

BOTTICELLI (Solo).

(*Anda a grandes pasos en el estudio, lanza su vaga mirada alrededor, se detiene en un crucifijo, se pone de rodillas.*).

BOTTICELLI.—En tí buscaré mi refugio. Tú llegaste a la perfección, venciste la materia. Yo también

lucho con la materia, pero sucumbo bajo su yugo, quedo aplastado por su peso y gimo en una mortal angustia. Tú, para vencer, sufriste penas horribles. Yo sufro no menos que tú has sufrido. ¡Un amor inmenso e infinito llenaba tu alma! Yo amo no menos que tú ha samado. Tú amaste a todos los hombres, a todas las criaturas, a todo lo que respira y vive; yo amo a Giovanna, como se puede amar al mundo entero. Tu amor era divino, el mío también lo es; tú mismo has dicho que Dios es Amor. ¡El amor a los hombres te llevó a la cruz! Yo también estoy crucificado. ¿No ves el sudor mortal en mi frente, la sangre que mana de mi corazón, la corona de espinas sobre mi cabeza, las llagas sobre mis manos y pies? En tí busco mi refugio. Sálvame tú, hermano en el dolor, que por amor sacrificaste tu vida, sálvame tú...

(*Tras la espalda de Botticelli aparece Savonarola*).

ESCENA IV

BOTTICELLI Y SAVONAROLA.

Botticelli (*Se levanta*). — ¡Savonarola!
Savonarola. — ¡Yo soy!
Botticelli. — ¡Atrás! ¡atrás te digo! ¡Si das un

solo paso, si tocas un solo cuadro con tus manos verdugas, no respondo de mí! ¡Atrás, te digo! Estás en el santuario del primer pintor de Florencia, donde hombres como tú no saben rezar!

SAVONAROLA. (*Tranquilo*). — ¡Se ha cumplido mi profecía!

BOTTICELLI. — ¿Qué profecía?

SAVONAROLA. — Lorenzo Médici ha muerto.

BOTTICELLI. — ¿Lorenzo ha muerto?

SAVONAROLA. — ¿Qué te extrañas? Dios ha cumplido la predicción de su mensajero.

BOTTICELLI. — ¿Su mensajero eres tú?

SAVONAROLA. — ¡Yo! ¡Y lo sabes tú, como todos; como lo sabía Lorenzo, como lo sabe la Iglesia que profana nuestra santa religión, como lo sabe el papa pagano, corruptor y corrompido, mercader de indulgencias, tirano y asesino, traidor y Anticristo! Pero también él recibirá su justo castigo.

BOTTICELLI. — ¿Quién te lo dijo?

SAVONAROLA. — ¡Dios me lo reveló! El papa Inocencio VIII pronto seguirá a Lorenzo Médici en su camino al Infierno.

BOTTICELLI. — ¿Quién te dijo que Lorenzo ha muerto?

SAVONAROLA. — Me llamó a su lecho pidiéndome la última bendición.

BOTTICELLI. — ¿Te llamó a tí?

SAVONAROLA. — A mi me llamó. La absolución de un fraile comprado por oro no le bastó, no le dieron la paz los discursos paganos de Marsilio Ficino. ¡Me llamó a mí!

BOTTICELLI. — ¿Y lo has absuelto?

SAVONAROLA. — ¡No!

BOTTICELLI. — ¿Has negado a un moribundo la misericordia cristiana?

SAVONAROLA. — ¡Se la negué!

BOTTICELLI. — ¡Es monstruoso!

SAVONAROLA. — ¡Es justo! Quería darle la comunión en cambio de la libertad de Florencia!

BOTTICELLI. — ¡Y!...

SAVONAROLA. — ¡Prefirió morir como tirano!

BOTTICELLI. — ¡Lorenzo era un alma hermosa!

SAVONAROLA. — ¡Un alma corrompida!

BOTTICELLI. — ¡Amaba a la poesía y al arte!

SAVONAROLA. — ¡Era el asesino de los Pazzi!

BOTTICELLI. — ¡Fué él mismo artista!

SAVONAROLA. — ¡Robaba a los huérfanos!

BOTTICELLI. — ¡Me amó!

SAVONAROLA. — ¡Para que le halagaras!

BOTTICELLI. — ¡Merecía la última bendición!

SAVONAROLA. — ¡No!

BOTTICELLI. — ¡Dios mío! ¿Tienes la seguridad de que obraste bien?

SAVONAROLA. — ¿Dudáis de la voluntad de Dios?

El guía mi mano y es El que castigará a Florencia y la transformará en cenizas. Tengo la absoluta seguridad de mis actos.

BOTTICELLI. — Y yo ninguna de los míos... (*Pausa*). Fra Savonarola, perdóname, perdona al más pobre y humilde pintor de Florencia. Ayúdame en nombre del Dios poderoso y justo. Si posees un poder sobrehumano, dame la paz. Dame la paz, fra Savonarola, porque me muero de angustia.

ACTO III

CUADRO PRIMERO

Plaza de la Señoría.

Carnaval. Un pintoresco grupo de enmascarados pasa por la escena. Alegría desbordante. Una banda de música toca una marcha alegre.

ESCENA PRIMERA

UN GRUPO DE MASCARAS.

1ª MÁSCARA. — ¿Tienen preparadas las armas?
VARIAS. — ¡Todos! ¡A ninguno le falta su puñal!
1ª MÁSCARA. — Nuestra fiesta puede transformarse en funerales. Savonarola juró que es por últi-

ma vez que se celebra el Carnaval en la capital de Florencia.

VARIOS. — ¡Fraile maldito!

UNA MÁSCARA. — ¡Mónstruo!

OTRA MOSCARA. — ¡Enemigo de la alegría!

OTRA MÁSCARA. — ¡De la libertad!

1ª MÁSCARA.—¡Predica la libertad del pueblo, dice que obra en nombre de ella y quiere matar la sonrisa!

OTRA MÁSCARA. — ¡Tirano!

1ª MÁSCARA. — ¡Pronuncia sermones fogosos contra la violencia y quiere violar nuestrà voluntad!

OTRA MÁSCARA. — ¡Asesino!

2ª MÁSCARA. — ¡Ultraja a la belleza! ¡Quiere destruir las obras de arte que han hecho famosa a nuestra amada Florencia!

VARIAS MÁSCARAS. — ¡Muera Savonarola!

1ª MÁSCARA. — ¡Tened cuidado! Supo conquistarse la voluntad de los ciudadanos florentinos. Cautivó a los niños y los indujo a destruír las obras de arte de toda la ciudad.

VARIOS. — ¡Infame! ¡Que muera!

1ª MÁSCARA. — Es listo como una zorra. Ningún atentado contra su vida pudo tener éxito. Supo rodearse de amigos que dan por él su vida y su sangre. ¡Supo conquistar hasta un alma tan grande como la de nuestro Botticelli.!

UNA MÁSCARA (*En voz baja*). — ¡Será un santo!

1ª MÁSCARA. — ¡Es el demonio mismo, disfrazado de monje! Tened cuidado amigos y las manos siempre sobre las armas. ¡Y ahora adelante a reir y divertirse! (*Vánse*).

De nuevo se llena la plaza de máscaras. Bailan y juegan. Poco a poco dejan la escena. En la escena se quedan Pierrot y Colombina.

ESCENA II

PIERROT Y COLOMBINA.

(*Abrazados*)

PIERROT. — Amor mío, de tus labios bebo el néctar de los dioses, de tus manos, amor mío, recibo el calor de la vida que triunfa sobre la muerte, de tus dedos me penetran chispas que encienden mi sangre, en tus ojos, se hunde mi pena, mi ansia, mi dolor, en tu frente amor mío, está encerrado mi mundo entero. Vivo en tí, y para tí y sin tí moriré.

COLOMBINA. — ¡Te amo!...

PIERROT. — ¿A mí solo?

COLOMBINA. — ¡Sólo a tí!

PIERROT. — ¿Y me amarás siempre?

COLOMBINA. — Toda la vida.

PIERROT. — La vida es larga...
COLOMBINA. — Es un instante...
PIERROT. — La vida es larga, tiene puñales ocultos...
COLOMBINA. — La vida es hermosa...
PIERROT. — ¡Como tú!
COLOMBINA. — ¡Y como tú!
PIERROT. — La vida es triste.
COLOMBINA. — No, no. La vida es alegre, ¡Vamos a bailar y a reir!

La plaza se llena de otras máscaras. Se renueva la fiesta. Pierrot y Colombina se mezclan con la multitud.

ESCENA III

De la catedral salen largas filas de religiosos capitaneados por los domínicos. Van vestidos de túnicas blancas bordadas con cruces rojas. Una inmensa muchedumbre los sigue. Numerosos niños y niñas llevan ramas de olivo en sus manos.

Un trastorno momentáneo, tumulto y gritos. Se levanta la voz de un domínico.

—Idos, hijos de Satanás. Idos, corruptores de las buenas costumbres. Idos, no despertéis la ira del frate Savonarola, no esperéis que con su mano poderosa guiado por Dios, os aplaste, os destruya!

VOCES DEL GRUPO DE LAS MÁSCARAS. — ¡ Asesinos! ¡ tiranos! ¡ Muera Savonarola!

VOCES DEL GRUPO DE LOS DOMÍNICOS. — Echadlos de aquí. Quitadles las máscaras! Abajo con los arrabiati!

En la lucha los domínicos arrebatan a los enmascarados la imagen del carnaval, gritan: "Al fuego, al fuego". Rápidamente improvisan una hoguera, echan allí la imagen. Los niños se reunen alrededor del fuego, cantan y bailan.

Lucha entre ambos bandos. De repente se oye un grito de espanto. Los combatientes se separan haciendo espacio.

En el centro de la escena oparece Pierrot con Colombina que yace muerta en sus brazos.

VOCES. — ¡ Muerta! Colombina ha muerto! ¡ Asesinos, verdugos!

UNA VOZ. — ¿ Quién la mató?

UNAS MÁSCARAS. — La mató un piangoni!

UNOS DOMÍNICOS. — ¡ La mató un arrabiati!

PIERROT. — Dios mío, tú la mataste. ¿ Por qué la mataste, Dios mío, por qué lo has hecho? Qué mal te hizo, en qué te ofendió?, ¿ en qué te disgustó? Con su sonrisa alegraba a las flores, con sus lágrimas conmovía a las piedras. ¡ Qué has hecho, Dios mío, qué has hecho!

(*Un profundo silencio. Los músicos entonan una marcha fúnebre. Pierrot con Colombina*

en sus brazos empieza la marcha. Tras él, las máscaras con las caretas caídas, con los vestidos rotos, tristes y cabizbajos se retiran de la plaza.)

ESCENA IV

La plaza se llena de una inmensa muchedumbre. Aparece Savonarola. El pueblo cae de rodillas.

VOCES. — ¡Frate Savonarola! ¡El Apóstol! ¡El profeta! ¡Danos tu bendición, frate Savonerola!

SAVONAROLA. — El Dios de las venganzas es el Señor. Ensálzate tú, que juzgas la tierra; da lo merecido a los soberbios. ¿Hasta cuándo los pecadores se gloriarán, charlarán y hablarán iniquidades? Escuchad, insensatos del pueblo: y vosotros necios entrad en cordura.

La tierra gime bajo el peso de vuestros vicios. Los sacerdotes encargados de avivar vuestras almas os alejan de Dios. El altar se ha convertido en el mostrador de los clérigos; antes tenían vergüenza, ahora ni saben siquiera avergonzarse. Los papas blasfemos llaman a sus hijos sobrinos y escandalizan al mundo con su paternal criminalidad; os hablo a vosotros: no querráis amar al mundo, porque todo lo que

contiene es concupiscencia de carne, concupiscencia de ojos, y soberbia de vida.

Escuchad la profecía del Apóstol San Juan que hoy se cumplirá:

"Acabados los mil años, será desatado Satanás y saldrá de su cárcel y engañará a las gentes, que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog, y a Magog, y los congregará para batallas cuyo número es como la arena del mar.

Y Dios hará descender fuego del cielo y los tragará. Y el Infierno y la Muerte serán arrojados en el estanque de fuego y de azufre".

VOCES. — Guíanos, frate Savonarola, sálvanos...

SAVONAROLA. — Vuestros pecados han llegado hasta el cielo y el Señor se ha acordado de vuestras maldades.

VOCES.—¡Sálvanos, frate Savonarola, sálvanos!

SAVONAROLA. — ¿Quereis a Jesucristo por Rey?

El pueblo se levanta, grita en éxtasis:

¡Viva nuestro Señor Jesucristo, Rey de Florencia!

El pueblo se disuelve en parte. En la escena aparecen niños y niñas cantando, las manos cargadas con objetos preciosos de arte, libros, cuadros, instrumentos musicales. Todo se echa a la hoguera.

Alrededor del fuego se forma una rueda, en

primer lugar los niños, tras ellos los domínicos, tras ellos la muchedumbre.

Los niños con las manos enlazadas, bailan y cantan todos:

Bendito sea Dios (1).

Todas las Naciones aplaudid con las manos: haced fiesta a Dios con voces de regocijo.

Porque el Señor es excelso, terrible, rey grande sobre toda la tierra. Sometió los pueblos a nosotros, y las gentes debajo de nuestros pies. Subió Dios con voces de alegría, y el Señor con voz de trompeta. Tañed salmos a nuestro Dios, tañed salmos; tañed salmos a nuestro rey, tañed salmos. Porque Dios es el rey de toda la tierra, tañed salmos diestramente. Cantad a Dios, saludad al nombre de El.

(*Continúa el baile de los niños*)

DOS DOMINICOS.

1er. DOMÍNICO. — Mira: allí viene alguien corriendo, el cabello suelto, roto el vestido, parece un loco.

2º DOMÍNICO. — Parece una carrera de muerte.

1er. DOMÍNICO. — Ya se acerca.

2º DOMÍNICO. — Es Botticelli, Sandro Botticelli.

VOCES. — ¡Paso a Botticelli!

---

(1) (Salmo XLVI).

ESCENA V

Botticelli corre hacia la hoguera, se detiene un momento, hace un ademán de volverse atrás; después de una corta lucha lanza al fuego los cuadros que tiene en sus manos.

VOCES. — Sandro Botticelli ha quemado sus cuadros con sus propias manos. ¡Viva Botticelli! Gloria a Botticelli.

Botticelli da un paso, vacila, parece herido de muerte. Entre las aclamaciones de la muchedumbre: "gloria eterna a Sandro Botticelli", Botticelli se desploma.

ACTO III.

CUADRO SEGUNDO

Plaza de la Señoría.

Media noche

ESCENA I

Grupos de florentinos se arrastran por el suelo buscando los restos de Savonarola quemado. Se ven tan solo las luces de las antorchas y siluetas obscuras.

PRIMER GRUPO.

Voz de mujer. — Yo mezclaré la ceniza del frate con el pelo de mi amante, lo echaré en un vaso de vino y se lo daré a beber.

Otra voz de mujer. — ¿No te ama más? Je, je...

PRIMERA VOZ. — ¡Calla! Me ama con mucha ternura, me dice cosas tan bellas! dice que no puede vivir sin mí.

SEGUNDA VOZ. — ¿Para qué entonces?

PRIMERA VOZ. — ¡Para que me ame más aún! ¿Y tú qué buscas aquí?

SEGUNDA VOZ (*llorosa*). — Yo... tengo un hijito enfermo. Hace veinte días que está en cama, pobrecito, sin levantarse.

PRIMERA VOZ. — ¿Le curaste?

SEGUNDA VOZ. — Nada le ayuda. Por gracia de Dios quemaron hoy al frate Savonarola y dice la bruja que sus cenizas producirán milagros; curarán a los enfermos, devolverán el cariño de los amantes infieles.

PRIMERA VOZ. — ¿Es cierto? Así dijo la bruja que los amantes infieles volverán a sus primeras queridas...

SEGUNDA VOZ. — ¿Por qué te interesa? ¿No te quiere tu amante con locura? Je, je...

PRIMERA VOZ. — ¡Mala mujer!

SEGUNDA VOZ. — ¡Perversa!

PRIMERA VOZ. — ¡Ramera! (*siguen riñendo*).

ESCENA II

SEGUNDO GRUPO

UNA VOZ DE ANCIANO. — Los astros no mienten, no mienten, te digo. Los sabios astrólogos hace mucho anunciaron la cólera, la guerra, los terremotos, las grandes inundaciones, un diluvio nuevo que acabará con la tierra que gime en los pecados.

OTRA VOZ.— ¡Y para qué te servirán entonces las cenizas de frate Savonarola!

PRIMERA VOZ. — Tengo tos, (*tose*), una tos tan molesta para mis ochenta años, hijo mío. Y la ceniza tomada con leche me servirá de remedio.

OTRA VOZ. — ¡Pobre anciano, je... je...!

PRIMERA VOZ. — No te rías, no te rías, te digo! (*tose*). Los astros engendran las religiones: el Júpiter con el Saturno, la religión hebráica, con Marte la caldea, con Venus la mahometana, con Mercurio la cristiana y con la luna engendrará la religión del Anticristo.

OTRA VOZ. — Ja, ja...

PRIMERA VOZ. — No te rías (*tose*), no te rías, te digo...

ESCENA III

TERCER GRUPO.

PRIMERA VOZ. — Anoche un águila voló sobre Florencia.

SEGUNDA VOZ. — Es un buen augurio, amigo.

PRIMERA VOZ. — ¡Es un mal augurio, imbécil, anuncia la peste, el hambre y la guerra...!

OTRA VOZ. — Habrá llegado de los cielos para anunciar que frate Savonarola será quemado vivo!

OTRA VOZ. — ... O del Infierno...

PRIMERA VOZ. — Frate Savonarola era un santo.

OTRA VOZ. — ¡Fué Satanás!

OTRA VOZ. — ¡Fué el Anticristo mismo!

PRIMERA VOZ. — Su espíritu está entre nosotros.

OTRA VOZ. — ¿El Espíritu del frate? Cuida bien a tus hijos en casa, para que no los estrangule.

ESCENA IV

UN GRUPO DE NIÑOS.

Ier. NIÑO. — ¡Qué estúpidos! Todo el mundo junta cenizas, y todo el mundo cree que son del frate Savonarola! Si hubiera tanta ceniza en la

plaza como arena en el Arno, lo hubieran creído. Ja, ja.

2º NIÑO. — ¡Obrad con cuidado! Tú irás con tu saco de cenizas hacia aquel grupo de mujeres; tú, hacia el grupo del viejo astrólogo, tú por acá, y tú para allí... Ja - ja - ja!

3er. NIÑO. — ¡Sí, capitán!

4º NIÑO. — ¡Un ejército de mistificadores!

2º NIÑO. — No, hombre, nunca hemos obrado tan bien como hoy: cuando ayudábamos al frate Savonarola en el "brucciamento della vanitá", nos riñeron los piangoni; cuando tirábamos hoy palitos a la hoguera para que el frate ilustre ardiese mejor, nos riñeron los arrabiati; y ahora lo que hacemos, es un bien a todo el mundo. Quieren reliquias, tendrán reliquias, quieren milagros, los tendrán. Ja, ja.

UN NIÑO. — Obramos mal. Engañar es malo! (*Llora*).

2º NIÑO. — ¡Qué tonto! Echadlo de aquí al tonto cobarde.

3er. NIÑO. — Sí, capitán.

2º NIÑO. — Y si nos traicionas, mira bien, cuidado con la vida...

El niño se aleja llorando.

ESCENA V

GIOVANNA Y MARSILIO FICINO.

GIOVANNA (*El cabello suelto*).—Ya me faltan las fuerzas, Dios mío, me ahogo... (*Marsilio la sostiene*). Corría por toda Florencia, buscando a mi Sandro amado. No lo encontré en ninguna parte, ni en su estudio, ni en casa de sus amigos, ni en la plaza Santa Croce, vine aquí. (*Grita*). ¿Quién vió a Sandro Botticelli? Nadie. Nadie contesta, todo el mundo está ocupado con lo suyo y no sabe que en este momento pasa una desgracia, una fatal desgracia, como lo sé yo.

MARSILIO. — Cálmate, hijita. Nada pasará a tu Sandro. Dios y su buen destino le cuidarán en su camino!

GIOVANNA. — Abuelo mío, tú nada sabes. Con tu perfecta serenidad y equilibrio pasas por encima de las cosas de este mundo como si estuvieses en otro. Tú nada has visto. No sabes que Sandro me amaba con un amor apasionado y loco.

MARSILIO. — Lo sabía.

GIOVANNA. — ¿No sabías entonces que yo le resis-

tía con todas mis fuerzas, más aún, que luchaba con mi corazón, con toda mi naturaleza para no gritarle que le amo, que quiero ser su amiga, su mujer, su esclava? Y la culpa la tienes tú.

MARSILIO. — ¿Yo?

GIOVANNA. — Tú, tú la tienes. Yo fuí tu discípula. Ja, ja... Tanto te amaba... Te veneraba como a un Dios... me parecías el más justo, el más sabio de los hombres, y tú enseñabas que las pasiones humanas no tienen valor ni mérito, rebajan al hombre, anulan su grandeza, y yo di fe a tus palabras: tanto quería a mi Sandro, que a su arte sacrifiqué mi amor como le hubiera sacrificado mi vida entera...

Y le mentía... le mentía...

MARSILIO. — ¿Qué le has dicho?

GIOVANNA. — Le dije una vez, cuando me faltaron ya las fuerzas de resistir a su amor, que era el mío también, que pertenecía a otro. Se desmayó... Cayó como una paloma herida... Y desde entonces llevaba el Infierno en su alma... Y con este Infierno en su alma se encontró con Savonarola y tuvo que sucumbir. Dios mío, ¿qué hice yo, qué hice?... Yo lo maté. Hoy le ví en la plaza durante la ejecución de Savonarola; estaba como loco y leí la muerte en sus ojos. La muerte, oyes, yo lo maté... yo lo maté...

Tu despojaste al mundo de todo lo que tiene vivo y hermoso, le quitaste su sangre y su carne, llegaste a la "nada", y "la nada" llamaste "idea", "idea pura". Ja, ja!... Bajo el yugo de tus puras ideas sucumbo, me ahogo...

MARSILIO. — ¡ Serénate, hija mía!

GIOVANNA. — No, no. No puedo... (*solloza*) Tú no sabes cuánto lo amaba. Le amaba como madre, como hermana, como esposa... Era mi mundo, mi mundo entero. Llenaba todo mi ser. Su dolor era el mío, y Dios lo sabe, su dolor no tenía límites, y yo, yo podía haberlo hecho dichoso. La dicha de mi Sandro la tenía en mis manos, y la escondía como un avaro miserable sus tesoros.

¿Para qué? Dime, ¿para qué?

MARSILIO. — Serénate, hija mía: tú eres la esposa verdadera de Botticelli, tú le inspirate sus cuadros inmortales, tú contribuiste a su grandeza con la tuya.

GIOVANNA. — La grandeza! Ja - ja... Tu grandeza es una falsa moneda. Promete la eternidad y quita la vida. Tu grandeza es un veneno, se infiltra en la sangre, llega hasta el corazón, mata.

Tu grandeza es una mentira, una odiosa mentira que arrastra al hombre hasta el sepulcro.

Ah, esta grandeza infame que mata sin piedad.

MARSILIO. — Pero Sandro no ha muerto, hija mía! Es tu imaginación que te induce a creerlo!

GIOVANNA. — No hables... Yo lo ví morir... Yo oí su último suspiro, su última palabra... Muriendo me llamaba y corrí a pedirle perdón por mi culpa, por mi crimen; pero no lo encontré, no me dijo en dónde iba a morir.

MARSILIO. — Nada tienes que reprocharte, hija, obraste bien.

GIOVANNA. — Obré mal. Mi conciencia me dice que obré mal. Mi carne me lo dice, mi sangre me lo grita.

MARSILIO. — Cálmate, hija.

Se oye un gran ruido. Aparece un cortejo con el cadáver de Botticelli.

GIOVANNA (*Lanza un grito*). — ¿Quién es? ¿Quién murió?

UNA VOZ. — Sandro Boticelli..

GIOVANNA. — ¡Sandro! ¡Sandro mío! Dadme al muerto. Es mío!

VOCES. (*Compasivas*). — ¿Quién es esta mujer?

UNA VOZ. — Es Giovanna, nieta de Ficino.

MARSILIO. — Permitid a mi hija acercarse al cadáver.

UNA VOZ. — No debemos detenernos.

MARSILIO. — Permitídselo, Sandro Botticelli fué su marido...

GIOVANNA. — Padre! (*en sollozos*). — ¡Padre mío!

Se detiene el cortejo con el ataúd. Los grupos de la plaza se han disuelto. Todos están reunidos alrededor de Giovanna y Ficino.

VOCES (*compasivas*). — Il nostro Botticello!

GIOVANNA. — Sandro mío, Sandro mío...

(*Se desploma sobre el cadáver de Botticelli. El pueblo cae de rodillas. Marsilio Ficino queda de pie*).

La Plata, 1918.

GRISELDA

A mis hijos: Alejandro Miguel, Leonardo y Edmundo Alejo con eterno cariño.

PERSONAJES:

GRISELDA.
EL MONSTRUO.
EL FRANCISCANO.
LA BRUJA.
MARTA.
EL VERDUGO.

VILLANOS Y VILLANAS.

La acción pasa a fines del siglo XIII, en Italia.

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

La plaza pública de una pequeña villa montañesa; alrededor de la plaza las moradas alegres y risueñas de los villanos; en el fondo la morada severa de Dios. A lo lejos se ven las crestas dentadas de las montañas circunvecinas. Es el alba.

La naturaleza respira dulzura y vida naciente.

Pasan por la plaza villanos y villanas sin detenerse. Otros forman grupos.

UN GRUPO DE VILLANOS:

PRIMER VILLANO. — De nuevo se llevó a una mujer. Anoche bajó de las montañas, se introdujo en casa de Pedro, que estaba ausente, tomó en sus vigorosos brazos a la pobre Marta, des-

hecha en llanto, y lanzando gritos salvajes corrió con ella hacia su gruta misteriosa que se esconde entre las nubes.

SEGUNDO VILLANO. — ¿Nadie se atrevió a detenerlo?

PRIMER VILLANO. — Nadie. Nadie se atrevió a salir de su casa. Los maridos amantes estrecharon con más fuerza a sus mujeres entre sus brazos; se despertaron los niños llorando a lágrima viva; pero nadie osó detenerlo.

SEGUNDO VILLANO. — ¡Cobardes!

PRIMER VILLANO. — ¡Qué valiente eres! ¡Desearía ver yo como te medirías con la muerte!

SEGUNDO VILLANO. — ¡Qué monstruo maldito!

TERCER VILLANO. — ¡Es el demonio mismo!

PRIMER VILLANO. — ¡Es Lucifer!

TERCER VILLANO. — ¡Es Satanás en persona!

(*Se oyen gritos de asombro. La gente se acumula en la plaza*).

VARIOS. — ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

VIEJA VILLANA. — Allí viene esa maldita mujer, amante del Monstruo, la pérfida! Ja, ja, ja!

(*De las montañas baja con paso inseguro Marta. Se acerca al gentío con los ojos fijos en el suelo, desgarrado el vestido y el pecho desnudo que cubre con ambas manos, temblando de terror y de vergüenza*).

ESCENA II

TODOS Y MARTA

VIEJA VILLANA. — ¡Es una hechicera. Le atrajo con sus miradas!

MARTA (*Sin mirar a nadie, en voz muy baja; apenas se la oye*). — Nuna le ví.

VIEJA VILLANA. — ¡Le atrajo con sus deseos!

MARTA (*En la misma actitud*). — Amo a mi Pedro.

OTRA VILLANA. — Peor para tí. ¿Qué dirá ahora tu Pedro? ¿Se divertirá mucho? Ja, ja, ja!

MARTA. — ¡Piedad!

VARIAS MUJERES. — Pídesela a Pedro cuando vuelva. (*Ríen a carcajadas*).

PRIMERA MUJER. — Te arrancará el cabello.

SEGUNDA MUJER. — Te escupirá en la cara.

TERCERA MUJER. — Te arrastrará por el suelo.

CUARTA MUJER. — Te matará.

(*Los villanos no intervienen ni en defensa ni en acusación de Marta*).

MARTA. — ¡Piedad! ¡Apiadáos de una pobre mujer!

PRIMERA MUJER. — ¿Qué te hizo el Monstruo? ¡Dílo, miserable!

SEGUNDA MUJER. — ¿Te besó?

VIEJA VILLANA. — Los monstruos no besan; muerden. ¡Mirad! (*Se acerca a Marta, con violencia le aparta las manos. Sobre su busto desnudo se ven heridas, de las que mana sangre*).

VOCES. — ¡Desgraciada mujer! ¡Mala mujer! ¡Ramera! ¡Mujer perversa!

UNA VOZ. — ¡Pobre mujer!

UNA VILLANA. — ¿Quién es?

OTRA VILLANA. — ¿Quién lo ha dicho? ¿Quién se atreve a defender a esta miserable?

LA MISMA VOZ. — ¡Pobre mujer!

(*En la escena aparece el Franciscano*).

ESCENA III

TODOS Y EL FRANCISCANO.

EL FRANCISCANO. — ¡Pobre mujer! (*Risas*).

UNA VOZ. — ¡Es el santo!

OTRA VOZ. — ¡Es el loco!

OTRA VOZ. — ¡El idiota!

(*Los chicos que se han juntado en la plaza, al ver al Franciscano lo rodean y gritan*: el *santo, el idiota, el loco*).

UNA VOZ. — ¡Predica el amor!

OTRA VOZ. — ¡Que lo predique al Monstruo! (*Risas*).

OTRA VOZ. — ¡El amor hacia nuestras mujeres! (*Risas*).

UNA VOZ. — ¡Alaba al sol!

OTRA VOZ. — ¡Al viento, al fuego, al agua!

UNA VOZ. — Conversa con los pájaros y las plantas. (*Risas*).

OTRA VOZ. — Llama hermanos a los leprosos.

OTRA VOZ. — ¡A los enemigos!

OTRA VOZ. — ¿Será hermano del Monstruo? (*Risas a carcajadas*).

MARTA (*Lanza las manos hacia el Franciscano con un grito de desesperación*). — ¡Salvadme, padre!

EL FRANCISCANO. — ¡Pobre hermana!

VOCES. — ¡Oíd! ¡También ella es su hermana! (*Risas*).

EL FRANCISCANO. — También vosotros lo sois. Apiadáos de esta mujer, hermanos míos!

UNA VOZ DE MUJER. — Nada tenemos que ver con ella. ¡Ni con ella, ni contigo!

Los chicos juntan guijarros en la plaza y se divierten lanzándolos en dirección a Marta y al Franciscano; ríen a carcajadas cuando dan en el blanco.

De repente se oye un grito salvaje que llega de las montañas: Ohó! Ohó! Es el canto de la fuerza; el eco en las montañas vecinas repite el grito vibrante.

LOS VILLANOS. — (*Llenos de horror*). — ¡Es el Monstruo, el Monstruo! Huyamos!

Huyen todos menos el Franciscano y Marta.

ESCENA IV

EL FRANCISCANO Y MARTA.

EL FRANCISCANO. — Vete a tu casa, hermana, lava tus heridas y descansa en paz.

MARTA. — Tengo miedo.

EL FRANCISCANO. — ¿De qué?

MARTA. — De ellos.

EL FRANCISCANO. — ¡Perdónalos!

MARTA. — Ellos no me perdonarán.

EL FRANCISCANO. — Soporta con humillación sus persecuciones; se cansarán de perseguirte y algún día te comprenderán.

MARTA. — Tengo miedo.

EL FRANCISCANO. — ¿De qué?

MARTA. — De mi Pedro; estas mujeres han dicho la verdad: me arrancará el cabello, me arrastrará por el suelo, me matará.

EL FRANCISCANO. — Nuestra vida está en manos de Dios.

MARTA. — ¡Tengo miedo, padre mío!

EL FRANCISCANO. — ¿De qué?

MARTA (*Baja los ojos*). — De mí misma.

EL FRANCISCANO. — No eres culpable.

MARTA. — Soy culpable.

EL FRANCISCANO. — En nombre de Cristo te declaro inocente.

MARTA (*Se arrodilla ante el Franciscano*). — Padre mío, soy culpable!... Cuando me llevó en sus brazos de acero como si yo fuese su presa legítima, sentí un terror tan grande que no pude defenderme; era como una paloma en las garras del gavilán... Pero allí en su gruta sombría cuando me besaba... y me mordía... cuando me desgarraba mi corazón... yo... me sorprendí tenerle compasión... no sé cómo... no sé por qué...

EL FRANCISCANO. — Olvida.

MARTA (*Con una sonrisa forzada*). — Antes moriré.

EL FRANCISCANO. — Iré a verlo, a llevarle la palabra de Dios.

MARTA (*Con terror*). — No vayáis, padre! Os mataría.

EL FRANCISCANO. — No temo a la muerte.

MARTA. — ¡La vida es tan bella!

EL FRANCISCANO. — La vida es dolor...

MARTA. — Y dicha.

EL FRANCISCANO. — Enséñame el camino, hermana.

MARTA. — El camino es largo; largo y penoso es

es el camino; pero él saltaba como un ciervo, salvando todos los obstáculos; ningún ser humano pasaba por tales parajes. Vive con las águilas en medio de las nubes, como un Dios salvaje, como un Satanás. No vayáis, padre!... hay paredes abruptas y un paso en falso os atraería la muerte.

El Franciscano. — Iré.

Marta. — No vayáis; sois viejo, vuestra vista es mala, débiles son vuestros pies y vuestras manos no tienen vigor. Pereceréis antes de llegar a la cima.

El Franciscano. — La muerte no me espanta.

Marta. — No vayáis. Si llegáseis por milagro a la cima, él no querrá hablaros, se mofará de vos, y si insistiéseis en vuestras palabras, os mataría.

El Franciscano (*Con una débil sonrisa*). — Enséñame el camino, mujer.

Marta (*Señalando*). — El camino es este. Hasta la montaña que veis allá... Después se pierde; no hay camino alguno hasta aquella cumbre más alta que se desliza en el horizonte. (*Pasan unos momentos en silencio*). Venid a mi casa, os daré víveres. Vuestro viaje será largo y penoso.

El Franciscano. — No necesito víveres.

Marta. — Pereceréis de hambre.

EL FRANCISCANO. (*Con una sonrisa bondadosa e indulgente*). — ¡Queda con Dios, hermana!

Marta besa las manos del Franciscano. Este, con paso lento y seguro se encamina hacia las montañas. De nuevo se oyen los gritos del Monstruo: Ohó! Ohó!; el eco los repite en múltiples voces. El Franciscano no vuelve su rostro. Marta se estremece, cubre su cara con ambas manos y llora.

CUADRO SEGUNDO

La cumbre de una alta montaña. Del lado del espectador corren montañas más pequeñas cortadas por valles profundos y surcadas por pequeños arroyos. Al lado opuesto del espectador—el abismo. La llanura está cerrada por nubes; el paisaje es desolado e infunde espanto; el Monstruo está sentado en un enorme bloque jugando con piedras pesadas que lanza al abismo.

Aparece a lo lejos el Franciscano, con los pies ensangrentados y la espalda encorvada; marcha con paso lento pero firme.

El Monstruo al verlo levanta una piedra y la lanza en su dirección; la piedra cae en el abismo; el Franciscano ileso se aproxima al Monstruo.

EL MONSTRUO Y EL FRANCISCANO

EL MONSTRUO. (*Extrañado*). — ¿Quién eres?
EL FRANCISCANO. — Soy tu hermano.
EL MONSTRUO. — ¿Hermano mío? ¿Tú? Ja, ja, ja.

No tengo hermanos entre los hombres; mi hermano es el sol esplendoroso y radiante; mis hermanas, la luna, las estrellas. Mi hermano es el viento, el aire, la tormenta, el fuego, la tempestad (1).

El Franciscano. — Tus hermanos son los míos.

El Monstruo. — Vete.

El Franciscano. — ¡Escucha!...

El Monstruo. — ¡Vete, te digo!

El Franciscano. (*Humilde*). — Voy toda mi vida sin descansar, hermano mío, voy a donde me guía la mano de Dios.

El Monstruo. — ¿Qué quieres, hombre extraño?

El Franciscano. — Te traigo la paz.

El Monstruo. — ¿Qué es la paz?

El Franciscano. — La paz es el amor.

El Monstruo. — ¿A quién quieres que ame?

El Franciscano. — A todos; a todas las criaturas humanas, a todo lo que tiene aliento y vida, a todo lo creado por Dios.

El Monstruo. — Me río yo de tu amor y de tu paz; yo quiero la guerra ¿oyes? La guerra que es poder, fuerza, orgullo, placer!

El Franciscano. — ¡Y que deja un inmenso vacío en tu alma que con nada puedes llenar!

El Monstruo. — ¿Cómo lo sabes?

---

(1) Véase *Cantico del Sole* de S. Francisco de Asís.

EL FRANCISCANO. — Te dije que somos hermanos... Hermano mío. ¿No te espanta el horror que siembras allí abajo? No hay morada alguna donde no te maldigan ancianos y niños, mujeres y hombres.

EL MONSTRUO. — ¿Vienes mandado por aquellos villanos que en la llanura arrastran su mísera vida?

EL FRANCISCANO. — Vengo mandado por Dios.

EL MONSTRUO. — Y yo, en nombre de Satanás, te digo que huyas de aquí, que te apartes de mí. Si no... (*Levanta una enorme piedra con la intención de aplastar al Franciscano. Este queda impasible*).

EL MONSTRUO. (*Extrañado*). — ¿Tú no tienes miedo a la muerte?

EL FRANCISCANO. (*Sencillo*). — No.

EL MONSTRUO. (*Lanza la piedra al abismo*). — Como yo; eres valiente ¡Habla!

EL FRANCISCANO (*Acercándose más al Monstruo*) — Hermano mío, mira a tu izquierda.

EL MONSTRUO. — Nada veo.

EL FRANCISCANO. — Nada hay. Es el abismo, la noche eterna, la nada, y en esa noche eterna ha caído el Tiempo y se ha desvanecido el Espacio. Ni Tiempo, ni Espacio, ni Principio, ni Fin. En la profundidad de este abismo infernal se pierde la mirada y la mente no encuentra

causa al efecto. ¿No te espanta este espectáculo?

El Monstruo. — ¿A mí? No. Frente a frente puedo mirar el abismo como igual a igual. ¿Y tú? ¿Tienes miedo?

El Franciscano. (*Sencillo*). — No tengo miedo; pero, al encontrarme frente a lo Infinito comprendo toda la vanidad de lo que es accesible a nuestros sentidos, y me estremezco todo; un sentimiento de grandeza se apodera de mí y me prosterno ante la majestad del Eterno. (*Pausa*). Ahora mira a tu derecha.

El Monstruo. — Nada veo.

El Franciscano. — Densas nubes cubren la llanura como si fueran olas petrificadas de un mar encantado; pero aún cuando fuesen de plomo, no podrían impedir que llegasen al cielo los gemidos de miles de hombres que claman piedad al Eterno.

El Monstruo. (*Con risa sarcástica*) — ¡Qué nobles son tus villanos! Ja, ja, ja!

El Franciscano. — Su nobleza son sus dolores. Con trabajo y sudor ganan el pan; con humildad soportan sus penas y cuando llega la hora de la muerte la reciben como si fuera una hermana. El amor es la grandeza de ellos; con amarras secretas el amor los vincula a todos entre sí y al Eterno.

EL MONSTRUO. — ¡Mientes!

EL FRANCISCANO. — ¡No sé mentir!

EL MONSTRUO. (*Con violencia*). — ¡Te digo que mientes! Tus villanos son hijos de la envidia y la cobardía; avaros y miserables, son capaces de vender a sus propias mujeres; cobardes, son capaces de besar el látigo que los castiga. Con un puñado de oro se los compra a todos. Ja, ja, ja!.

EL FRANCISCANO. (*Cabizbajo*) — Tienes razón. Los hombres no han llegado todavía a la verdad.

EL MONSTRUO. — Yo les enseño la verdad con mi ejemplo (*Ríe*). Ser fuerte, tener valor, despreciar al peligro, vencer a los hombres y conquistar a las mujeres. Esta es la verdad, anciano.

EL FRANCISCANO (*Con tristeza*). — La verdad es el amor.

EL MONSTRUO. — Ja, Ja... Eres listo como la zorra, hombrecito de Dios. Inventas palabritas que te engañan a tí mismo y engañan a los demás. ¡La verdad es el amor! Y si te preguntaran qué es el amor, dirías que el amor es la verdad.

EL FRANCISCANO. — Me mortificas, hermano mío, me haces sufrir.

EL MONSTRUO (*Con sarcasmo*). — Porque no sabes qué contestarme. Porque piensas lo mismo que yo, porque nada sabes...

El Franciscano. — (1) Nada sé... Ni sé por dónde ando, ni lo que hago, ni lo que digo; voy como fuera de mí. Mi corazón arde y se consume y no halla sosiego... viviendo muere y desfallece... pide descanso, y en un horno se encuentra. He perdido corazón, juicio, voluntad, placer, todo sentimiento: torpe fango me parece la hermosura, perdición las riquezas y delicias. Sin nada me quedé...

El Monstruo. — ¿Y qué recibistes en cambio?

El Franciscano. — En cambio recibí el amor. Un árbol de amor, cargado de frutas y en mi corazón plantado, me nutre. En pago del amor dí el mundo entero; a ser la creación mía sin vacilar la diera por el amor.

El Monstruo. — ¿Y hallaste la paz?

El Franciscano. — ¿La paz? No... sufro tormentas que nunca imaginé; el corazón se me hiende y raja de calor, el amor me puso en una hoguera (2).

El Monstruo. — ¿No te anunciaste como mensajero de paz? Vienes a robarme la libertad, y a ponerme en cambio cadenas?

El Franciscano. — Tus cadenas las tienes ya, no las ves. Ser libre es ver sus cadenas.

---

(1) Véase *Amor di caritate* de San Francisco de Asís.
(2) Véase *In Foco* de San Francisco de Asís.

EL MONSTRUO. — ¡ Basta de sermones!... (*Después de una pausa, meditativo*). Dime, ¿puede del mal nacer el bien?

EL FRANCISCANO. — Sí, hermano mío.

EL MONSTRUO. — Pruébamelo.

EL FRANCISCANO. — Podría probártelo con toda mi vida.

EL MONSTRUO. (*Con desdén*). — Bastante tengo ya con tu vida. Cuéntame un caso que no sea tuyo.

EL FRANCISCANO (*Resignado*). — Allí en el pueblo vive una anciana mujer. Como tú y como yo, no tiene nombre. La llaman la Bruja. Su hijo era un hombre de mal, bebía y tiranizaba a los suyos. Una noche vuelto a su casa, dominado por los vapores del vino, arrebatado por la cólera y celos injustos, mató a su mujer. Al día siguiente envenenó a dos de sus hijos que creía no eran suyos. Dicen que la Bruja le suministró el veneno. Quedó sólo una niña de dos años, Griselda; vive con la Vieja y tiene a la sazón quince años. Es hermosa como una flor y tan pura como Ave María. Del mal nació el bien, hermano mío.

EL MONSTRUO. (*Con interés que no es percibido por el Franciscano*). — ¿Se llama Griselda, dices?

EL FRANCISCANO (*Pensativo*). — Griselda se llama.

EL MONSTRUO. — Dime, anciano, ¿amaste alguna vez a alguna mujer?

EL FRANCISCANO. — Tengo esposa.

EL MONSTRUO (*Ríe a carcajadas*). — ¿Tú?

EL FRANCISCANO. — Es hermosa como el sol y tiene la dignidad de una reina.

EL MONSTRUO. — ¿Y qué nombre ilustre lleva tu digna esposa?

EL FRANCISCANO. — El nombre más santo que hay en el mundo: se llama "La Pobreza". (*Larga pausa; El Monstruo queda meditativo*).

EL MONSTRUO. — Vete anciano; tú eres tan monstruoso en tu género como yo en el mío! Vete! Tú te introduces en las almas de los hombres como yo en sus casas; eres más grave intruso que yo. Vete! Yo mato los cuerpos; tú la voluntad. Tus ambiciones son más osadas que las mías. Quieres ganarte el cielo entero mientras que a mí me satisface este Imperio inmenso que veo alrededor. Vete anciano, no me tientes más. Vete, te digo, y que tu Dios te guarde de volver el rostro atrás.

El Franciscano cabizbajo y con rostro resignado emprende el viaje de regreso.

El Monstruo camina a grandes pasos, se detiene sobre el abismo dirigiéndole sus fijas miradas; vacila, levanta sus manos que parecen dos alas enormes; hace un ademán de lan-

zarse al abismo como si fuera un pájaro gigantesco que se confía al espacio. Se detiene, medita, pronuncia en voz baja: ¡Griselda! en voz más alta: Griselda, Griselda!!

CUADRO TERCERO

ESCENA PRIMERA

LA BRUJA Y GRISELDA.

La habitación de La Bruja. La Bruja está sentada al lado del fuego, frotándose las manos; a sus pies un gran gato negro. En un rincón, sobre un tirante, una lechuza con los ojos abiertos y la mirada impasible; en otro rincón Griselda dormida sobre una cama, cubierta con una sábana de harapos. Se oyen las campanadas de la iglesia anunciando la media noche.

LA BRUJA. — Son las doce de la noche: la hora del destino, del crimen y de la culpa; la hora más dulce de mi vida. Ja, ja, ja! La culpa es el destino y el destino justifica la culpa, y la vieja bruja es tan inocente como esta tonta chiquilla que sueña con flores y con ángeles. Jí, jí.

(*Se oyen tres golpes en la ventana. Tuc. Tuc. Tuc... La Bruja se acerca a la ventana*). Nadie. Mala tengo ya la vista y mal el oído; me engañan a menudo. (*Saca de un escondrijo una bolsa con varios objetos*). Aquí tengo mis tesoros: oro, plata y brillantes, rubíes y esmeraldas. (*Toma en la mano un rubí, lo acaricia*). Eres rojo, como sangre, como la sangre del marido que murió atravesado por el puñal del amante de su mujer. El puñal estaba envenenado y dicen que yo dí el veneno a la mujer. ¿Qué no dice la gente? Jí, jí! Eres rojo como sangre... (*Toma una esmeralda*). Eres hermosa y casta como aquella niña que dicen que yo vendí a un viejo mercader. Jí, jí! Eres casta y hermosa. (*Toma monedas de oro y de plata y las acerca a sus ojos. Se repiten los golpes. La Bruja agarra su bolsa apretándola fuertemente*). ¿Quién será? (*Silencio. Se repiten de nuevo los golpes en la ventana*).

LA BRUJA (*Temblando*). — Griselda, Griselda!

(*Griselda se despierta, levanta su cabecita adornada con una corona de dorados cabellos, se restriega los ojos, contesta en voz dulce y vibrante*).

GRISELDA. — ¿Qué hay abuelita?

LA BRUJA. — ¿Nada oyes?

GRISELDA. — Nada, abuelita.

(*Se repiten los golpes*).

LA BRUJA (*Temblando*). — Y ahora, ¿nada oíste?

GRISELDA.—Nada (*Alegre*). Na-da. Na-da. ¿Quieres, abuelita? Me vestiré y me quedaré a tu lado, ¿quieres?. (*Se viste rápidamente. Toma del brazo a La Bruja, la conduce hacia el fuego, la sienta y se arrima a sus pies*).

¡Abuelita mía, tuve un sueño tan raro, tan raro!

LA BRUJA. — Sueños, sueños! Aborrezco a los sueños...

GRISELDA. — Escucha, abuelita... Ví en el sueño a mamá... Era tan hermosa, tan hermosa como Ave-María. Era tan triste, tan triste como Nuestro Señor. Me llamaba: Griselda, Griselda... Yo me desperté... No, abuelita, no me desperté; me desperté en el sueño... No, abuelita, soñé que desperté... "Griselda, Griselda", me dijo mamita; yo velo por tí; yo fuí castigada por mí y por tí, hijita mía; por mí y por tí y tú debes ser feliz". Y me persignó, y me besó y me desperté... esta vez de veras.. fuiste tú quién me despertaste. (*Silencio*). Dime abuelita, ¿cómo murió mamita?

LA BRUJA. — Calla...

GRISELDA. (*Se arrodilla ante la Bruja y suplica*). — Dímelo abuelita, dímelo, te daré toda mi vida...

LA BRUJA (*Amenazándola*). — Calla, te digo.

GRISELDA. — Puedes golpearme, puedes hacer todo lo que quieras conmigo, pero dime...

LA BRUJA. — Nunca lo sabrás!

GRISELDA. — Dicen los chicos...

La Bruja toma un palo y hace ademán de pegar a Griselda. Esta huye al rincón mortalmente pálida, llora en silencio. Se oyen fuertes golpes en la puerta; ésta se abre con violencia. Entra El Monstruo.

ESCENA II

LA BRUJA, GRISELDA Y EL MONSTRUO.

La Bruja lanza un chillido de terror. El Monstruo se precipita sobre ella, le quita el palo y le pega. La Bruja grita lastimeramente.

LA BRUJA. — No me mates; toma mi bolsa, pero no me mates. (*El Monstruo arranca de sus manos la bolsa, saca algunas monedas, las tuerce, tira el contenido de la bolsa por el suelo, las monedas y las piedras preciosas se diseminan con ruido sonoro. El gato se despierta, quiere morder al Monstruo, pero recibe un puntapié. La lechuza con los ojos abiertos queda impasible*).

El Monstruo. — Si quieres quedarte con vida, márchate de aquí maldita mujer!

La Bruja. — Me iré, me iré (*quiere recoger las monedas, El Monstruo la amenaza, La Bruja huye seguida del gato*).

ESCENA III

GRISELDA Y EL MONSTRUO.

El Monstruo. — ¡Griselda, Griselda!

Griselda (*Con miedo*). — ¿Quién eres?

El Monstruo. — ¿Yo? ¿Quién soy? No sé...

Griselda. — ¿Qué quieres?

El Monstruo. — ¡Te amo!

Griselda. — No te entiendo.

El Monstruo. — ¿No me entiendes? ¿Nadie te habló de amor?

Griselda. — ¡Nadie! nadie en el mundo, sólo en sueños mamá me habló de amor!

El Monstruo. — ¡Pobre Griselda!

Griselda. — ¿Por qué echaste a abuelita?

El Monstruo. — Porque es una mala mujer.

Griselda. — ¿Y tú, eres bueno?

El Monstruo. — ¿Yo? (*Con violencia*). — Yo soy el Monstruo, Griselda.

Griselda. — ¡Dios mío! ¡Dios mío!

EL MONSTRUO. — ¿Tienes miedo? ¿Me aborreces?

GRISELDA (*Repite*). — ¡Dios mío! ¡Dios mío!

EL MONSTRUO. — Desde el primer momento que oí pronunciar tu nombre te amé, Griselda, y desde que te amé soy bueno.

GRISELDA. — ¡Tú asesinabas en los grandes caminos!

EL MONSTRUO. — Sí.

GRISELDA. — Tú despojabas a los pobres.

EL MONSTRUO. — Sí, Griselda.

GRISELDA. — ¿Tú maltratabas a las mujeres?

EL MONSTRUO. — Es verdad. Hice todo eso y mil cosas peores. ¿Me odias?

GRISELDA. — No sé odiar.

EL MONSTRUO. — Te amo, Griselda. En el fuego de mi naciente amor se quemaron todas mis pasiones, y es ahora este amor que arde y quema y me consume; (*se pone de rodillas*). Griselda, te amo, acércate a mí, dame la mano.

GRISELDA (*Con espanto*). — No, no, no...

EL MONSTRUO (*Se levanta de un salto, sin dominarse*). — Mía serás o te mataré.

GRISELDA. — ¡Dios mío! ¡Dios mío!

(*El Monstruo se aproxima a Griselda; levanta la mano con ademán de aplastarla*). —

GRISELDA. — ¡Déjame rezar!

EL MONSTRUO. — ¡Reza!

GRISELDA (*De rodillas*). — Mamá querida, tú, a

quien tanto se parece Ave María, que tanto sufriste por mí y por tí, cumple tu promesa que en sueños me hiciste de hacerme feliz, tú que todo lo sabes debes saber que estoy en peligro mortal; sálvame de las manos del Monstruo.

El Monstruo, mientras reza Griselda, la contempla y su rostro refleja el cambio de sentimientos profundos: pasión, piedad y amor. Se aproxima por fin al fuego y pone su mano derecha en medio de la llama.

GRISELDA (*Levanta la vista, se acerca al Monstruo. Con compasión*). — ¿Qué haces?

EL MONSTRUO. — ¿No ves? Quemo mi mano.

GRISELDA. — ¿Por qué?

EL MONSTRUO. — Porque quería matarte. Condeno a muerte la mano que quería matarte.

GRISELDA (*Piadosa*). — ¿Sufres?

EL MONSTRUO. — No sé sufrir. Amo.

GRISELDA (*Aparta con dulzura la mano del Monstruo del fuego*). — ¿Tan poderoso es el amor? (*Silencio*). — Dime tu nombre.

EL MONSTRUO. — No tengo nombre.

GRISELDA. — Debes tenerlo, todas las criaturas humanas, el más humilde y el más orgulloso, el más débil y el más fuerte tienen su nombre. ¿Quiénes fueron tus padres?

EL MONSTRUO. — No sé.

GRISELDA. — ¿Y quién te ha criado?
EL MONSTRUO. — El Espíritu de las Montañas.
GRISELDA. — ¿Qué nombre te dió?
EL MONSTRUO. — Hombre libre.
GRISELDA. — ¿Y los hombres cómo te llaman?
EL MONSTRUO. — Satanás.
GRISELDA. — Son injustos contigo. Yo te daré un nombre.
EL MONSTRUO. — Dámelo.
GRISELDA (*Tímida y con los ojos fijos en el suelo*). — No me atrevo... (*pausa*).
EL MONSTRUO (*Con sarcasmo*). — Llámame como todos: el Monstruo.
GRISELDA. — No...
EL MONSTRUO. — ¡Satanás!
GRISELDA. — No, no... Tu eres bueno!
EL MONSTRUO. — ¡Quería matarte!
GRISELDA. — ¡Me amas!
EL MONSTRUO. — ¡Daría por tí mi sangre, mi vida!
GRISELDA (*Tímida*). — Toma la mía...
EL MONSTRUO (*Con júbilo*). — ¡Griselda, Griselda!

(*Entra el Verdugo*).

ESCENA IV

EL MONSTRUO, GRISELDA, EL VERDUGO, LA BRUJA.

EL VERDUGO (*Al Monstruo*). — La Santa Inquisición te ha condenado a ser quemado vivo.

La Bruja que se esconde tras de las espaldas del Monstruo ríe con malicia. El Verdugo toma de la mano al Monstruo que no se resiste. La Bruja se lanza al suelo, recoge las monedas y las piedras preciosas y huye.

EL VERDUGO (*Al Monstruo*). — Eres mío.

GRISELDA (*Con un grito de desesperación se arrodilla ante El Monstruo y le toma la otra mano*).

GRISELDA. — ¡No! ¡es mío, es mío! (*Aparece el Franciscano*).

ESCENA V

EL MONSTRUO, EL FRANCISCANO, EL VERDUGO, GRISELDA.

GRISELDA (*A los pies del Franciscano*). — ¡Salvadlo, padre!

EL FRANCISCANO (*Al Verdugo*). — ¡Hermano Verdugo, suelta tu presa!

EL VERDUGO. — No puedo, con mi cabeza respondo por él.

EL FRANCISCANO. — ¡Suéltalo sin cuidado, hermano mío!

EL VERDUGO. — Si lo hiciese se escaparía y serás tú quien morirá por él. La Santa Inquisición no conoce piedad ni misericordia.

EL FRANCISCANO. — ¡Suelta a ese hombre, Hermano Verdugo!

EL VERDUGO. — Te obedezco, padre mío. (*Dobla sus rodillas ante El Franciscano, se inclina profundamente, se levanta y sale*).

ESCENA VI

GRISELDA, EL MONSTRUO Y EL FRANCISCANO.

EL MONSTRUO. — ¡Nunca aceptaré la vida de tus manos!

EL FRANCISCANO. — ¡Domina tu orgullo, hermano!

EL MONSTRUO. — ¡No, nunca aceptaré una limosna aunque sea la vida! Vete. Llama a tu hermano el Verdugo, que cumpla su obra; menos mal me hará que tú con tu limosna real. Tus palabras me infiltran veneno. Déjame tranquilo en la hora postrera.

EL FRANCISCANO. — Si te resistes a aceptar la vida de mis manos, acéptala de manos de Griselda. Elije tú, Griselda.

EL MONSTRUO. — Escucha bien, Griselda (*Griselda se levanta, aproximándose al Monstruo*). Uno de nosotros debe morir: yo o él. Si me escapo yo, morirá él: si me quedo, él vivirá.

GRISELDA. — ¿En tan débiles manos ponéis vuestra vida, anciano?

EL FRANCISCANO. — Dios te guiará en tu juicio, Griselda.

GRISELDA. — ¿Tan harto estáis de la vida? ¿O estáis seguro que mi voto caerá sobre aquel a quien amo con toda mi alma? ¿Tan torpe sois que no sabéis de qué soy capaz? ¿Dudáis de que no podría mataros para salvarle a él? ¿Lo dudáis?

EL FRANCISCANO. — Puedes elegir, Griselda; eres libre.

GRISELDA. — ¡Libre, decís! Basta que yo pronuncie una sola palabra para que vos muráis y él se salve... ¿Y dudáis de que esta palabra sea dicha? Preparáos pues, anciano. Rezad vuestra última oración. ¿Calláis? ¿Quedáis tranquilo? ¿Sonreís? ¿Quién sois que con una sonrisa tranquila sube a la cruz por las culpas de otro?

EL FRANCISCANO. — Soy tu hermano, Griselda.

GRISELDA. — Sois mi hermano; un hermano dulce y bueno que quiere salvarnos. Debo elegir entonces entre hermano y esposo. ¿Qué dices tú, esposo mío?

EL MONSTRUO (*Con una sonrisa escéptica*). — Eres libre en tu elección, Griselda.

GRISELDA. — Libre... libre... soy libre. ¿Es libre el pájaro al cual han cortado las alas? ¿Es libre el río que se desborda e inunda los prados y las selvas? ¿es libre el huracán que arrastra al árbol? ¿es libre el verdugo? Y si realmente soy libre: ¿qué es lo que deprime mi corazón, detiene la sangre en mis venas, me ciega los ojos con una venda obscura? Si soy libre ¿por qué no puedo pronunciar la palabra maldita ¡una sola palabra! o, sin palabras, indicar al elegido con la mano, o sin mover la mano, con una sola mirada señalar al sentenciado por mí? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

(*Desesperada retuerce sus manos y se lanza a los pies del Monstruo*).

—Tú eres mi esposo; tú sabes que yo no he vivido y que yo quiero vivir. Tú sabes que mi vida eres tú, sabes que tu muerte será la mía. Tú, que castigaste a la abuela porque quería pegarme, que doblas el metal sin esfuerzo; tú que eres capaz de defenderme ante todo el mundo, no puedes, no debes dejarme sin ayuda

cuando mi alma agoniza, cuando la libertad que me diste, me mata... Dime, dime algo, mi amado esposo, o líbrame de mi libertad. No puedo soportarla, me mortifica, me ahoga... ¿Callas? ¿No dices nada? (*Se levanta con paso inseguro y pesado; cae a los pies del Franciscano*). Dicen que vos sois un santo; un santo debe ser justo, un justo no puede ser injusto. ¿Podéis dejar sobre las espaldas de una niña un cargo que la aplasta y la mata bajo un peso tan enorme? ¿Calláis?

(*Se levanta, mira alrededor como buscando socorro, percibe en la puerta al Verdugo; con voz ronca, trémula de terror*). No... no... no te acerques... Vete... Vete... (*Cae sin fuerzas a los pies del Monstruo. El Verdugo desaparece*).

EL FRANCISCANO. (*Con las manos extendidas*). — ¡Piedad! ¡Apiádate de Griselda, hermano mío!

GRISELDA (*A los pies del Monstruo, en voz muy baja*). — Amado mío, esposo amado mío, ayer he sido desdichada: no te conocía. Pero en la desdicha misma hubo algo, no sé qué placer de vivir, de cantar, de orar. Hoy te conocí: soy dichosa pero mi dicha está llena de amargura, mi dicha me emponzoña y se muere tu Griselda.

EL MONSTRUO (*Con las manos cruzadas*). — Apura tu sentencia, Griselda.

GRISELDA. — Eres de piedra, esposo mío; nada en el mundo es capaz de conmoverte, eres firme como la roca. ¿Será de piedra tu corazón? No... no... Yo oí latir tu corazón. Yo lo oí tan claramente como el sonido de las campanas de la casa del Señor. Yo lo sentí tan de cerca como las oraciones de mi madre en el sueño. Eres bueno, pero orgulloso, amado mío. No conoce límites tu orgullo, y es más grande en tí que el amor. (*El Monstruo sonríe con sarcasmo*). No te rías, esposo mío. ¿Qué he dicho? ¿Qué dijo tu Griselda? Me olvidé... No sé más... Mi cerebro está en llamas, y las llamas le abrasan y le devoran. ¡Ah! ¡ah! Dije que eres orgulloso. No quieres aceptar regalos de nadie. Eres un príncipe, un rey, esposo mío. ¿Y no reciben regalos los príncipes?

EL MONSTRUO. (*Indicando con la mano al Franciscano*). — Es la vida lo que él quiere regalarme.

GRISELDA. — La vida, la vida... ¿Qué es la vida? ¿Tiene algún valor? Si yo pudiese transformar mi vida en una flor, lo haría y te daría esa flor. Si yo tuviera mil vidas, te las daría las mil. Si pudiese agotar mi vida aquí a tus plantas hasta el último suspiro, lo haría y fuera dicho-

sa. (*Se oye un leve golpe en la puerta. Griselda se levanta con espanto; con voz ronca*). ¿Quién? ¿Quién es? ¡Ah! Ya sé. Es el Verdugo... Espèra... Espera... Espera...

EL FRANCISCANO. (*Con voz muy conmovida*). — ¡Hermana mía, pobre hermana mía!

GRISELDA (*Hace un último esfuerzo y con un grito terrible se lanza a los brazos del Monstruo*).— A tí, a tí te elijo, a tí... mi amado, mi único, mi esposo querido... Tú, Tú. (*Solloza*).

EL MONSTRUO (*Al Franciscano*).—¿Oiste? Vete, pues...

EL FRANCISCANO (*Pálido y emocionado*). — Venciste, hermano mío. (*Se aleja*).

GRISELDA. (*Con sollozos*). — Tú, mi esposo, mi rey; a tí te corono con la muerte. Tú, el indomable, subirás a la hoguera, como a un trono... Tú abrazarás al fuego como a tu amada mujer, tú morirás con una sonrisa en los labios... Tú, mi rey y mi Dios. (*Solloza*)... Todo el mundo contemplará tu valor, menos yo... tu esposa, yo no iré... a verte morir, no iré, porque... porque me muero yo... (*Muere en los brazos del Monstruo*).

(*El Monstruo levanta el cadáver de Griselda, lo pone en la cama, se sienta a su lado; con los codos apoyados en las rodillas y con la*

frente entre las manos, la contempla meditativo. Aparece El Verdugo).

EL VERDUGO (*A las espaldas del Monstruo, cruzado de brazos*).—

Ha sonado la hora.

La Plata, 1917.



NOCHE DE RESURRECCION



NOCHE DE RESURRECCIÓN *fué escrita antes de que estallara la revolución rusa. Se publicó por primera vez en "Nosotros" en el mes de Febrero del año* 1917.

Lejos de sospechar la próxima caída del imperio de los zares, al escribir mi drama, me imaginé el derrumbe del poder del hombre sobre el hombre debido a una sola fuerza: la que reside en el alma humana, pero en el drama, como generalmente en la vida, la Resurrección dura sólo un instante.

PERSONAJES

MAXIMO, anarquista, 28 años.
LA MADRE DE MAXIMO, 48 años.
ANDRES, anarquista, 26 años.
IVAN, socialista-revolucionario, 26 años.
KATIA, anarquista, 18 años.
IRENE, socialista-demócrata, 22 años.
MARTA, socialista-revolucionaria, 30 años.
EL ZAR.
PRINCIPE VOLKONSKY, jefe de gendarmes, padre de Irene, 50 años.
BARANOFF, subdirector de la prisión Pedro y Pablo, 35 años.
LOS CARCELEROS.
EL ESPIA.
GENERALES, GENDARMES, SOLDADOS, Etc.

La acción de los primeros dos actos se desarrolla en el año 1904 en Petrogrado, del tercer acto en el año 1905 en una ciudad de la provincia.

ACTO I.

CUADRO PRIMERO

Una pieza pobremente amueblada. Sobre la mesa y unas sillas muchos libros en desorden.

ANDRES E IVAN

IVÁN. — Usted sabe, compañero Andrés, cuanto me halagan las ideas anarquistas, pero no puedo aceptarlas en absoluto. Ante todo y sobre todo debemos destruir el despotismo. Esto se impone: es nuestra tarea histórica.

ANDRÉS. — ¡Destruir el despotismo! ¡Ah, compañero Iván! ¿Y cómo marchan las cosas en los países donde el despotismo dejó de existir? ¿No hay allí hambrientos y oprimidos?

¿Desaparecieron en estos países que se llaman libres la desigualdad, la injusticia, el mal?

IVÁN. — Pero allí hay menos mal, menos injusticia que en nuestra pobre tierra.

ANDRÉS. — ¡Quién sabe! ¡Yo creo lo contrario!

IVÁN. — ¿Pero va a negar usted, compañero Andrés, que en los países donde el pueblo puede elegir sus representantes, se respira con más facilidad? ¿Qué la libertad de la prensa, la libertad de reunión, la libertad de huelgas, facilitan en alto grado al pueblo la lucha contra sus opresores?

ANDRÉS. — Nosotros también luchamos por la libertad, pero por una libertad tan pura como el aire de las montañas, tan libre como el vuelo del águila, tan hermosa como la misma verdad. Hay una sola libertad en el mundo y es la que profesan los anarquistas!

IVÁN. — Si no fuera utópico su ideal, sería hermoso. Pero nosotros vivimos en la vida real, la tomamos tal como es, y no podemos oponernos a las leyes históricas.

ANDREAS. — También el zar, cuando justifica sus crímenes habla de leyes históricas. El invoca a Dios, usted a la ley.

IVÁN. — ¿Pero usted quiere negar la ciencia, compañero Andrés?

AÁDRÉS. — No, no la niego, la acepto, como la obra del hombre, como su creación, pero no la elevo al trono de un Dios nuevo. Y si la ciencia descubre leyes para demostrar que la inmensa mayoría de los hombres deben quedar esclavos, la proclamo falsa y traidora.

IVÁN. — Pues para mí la ciencia es lo más hermoso que hay en la vida; ¡ella es la que al final libertará a la humanidad de su miseria moral y social!

ANDRÉS. — ¡Somos nosotros mismos los que debemos libertarnos. Nadie y nada en el mundo nos prestará ayuda en nuestra lucha por la libertad!

(*Entra Marta*).

ANDRES, IVAN y MARTA.

MARTA. — No tengan miedo, tomé todas las precauciones, nadie me vió! ¡Buenos días, buenos días, compañeros!

ANDRÉS. — (*Irónicamente*). Ya sabemos, compañera Marta, que es usted una gran conspiradora. ¡Usted en una casa anarquista! ¡Es un verdadero crimen! ¿qué diría su comité si llegara a tener noticia de su conducta atrevida?

MARTA. — ¡Cállese, Andrés, cállese. ¿Han oído?

Ayer otra vez hubo un registro policial en toda la ciudad. Han llevado presos a ocho socialistas revolucionarios.

IVÁN. — Es obra de un traidor. ¡Malditos! Los espías nada son en comparación con ellos.

ANDRÉS. — Existe un solo remedio contra los traidores, hay que matarlos, matarlos sin piedad.

MARTA. — Muy bien, muy bien, compañero Andrés!

(*Entra Máximo*).

ANDRES, IVAN MARTA y MAXIMO

Andrés y Máximo se estrechan fuertemente las manos. Andrés presenta a Máximo a Iván y Marta.

MÁXIMO — ¿Discutían otra vez? ¡Ah, estas discusiones infinitas e inútiles!

ANDRÉS. — Esta vez no, querido Máximo, hablábamos pacíficamente de un tema sobre el que todos podemos estar de acuerdo.

MÁXIMO. — ¿Existe acaso tal tema?

ANDRÉS. (*Riéndose*). — Parece que sí. Hablábamos de los traidores.

MÁXIMO. — ¡Pobres traidores!

TODOS. — ¿Cómo?

MÁXIMO. — He dicho que los traidores son dignos de lástima.

ANDRÉS (*Inquieto*). — ¡Explícate Máximo!

MÁXIMO. — ¿Acaso los traidores no tienen alma?

MARTA. — No. ¡Claro que no!

MÁXIMO (*Sin hacer caso a Marta*). — Hay en "Quo Vadis" un excelente tipo de traidor: Quilón Quilonides; cobarde, feo, bajo y vil, tiene estereotipado en la frente el sello del traidor, y sin embargo, en una circunstancia trágica, se transforma por completo: parece un sacerdote, un númen, un santo, y muere como mártir.

MARTA. — ¡Es pura fantasía! ¡Y así opina un anarquista consciente! ¡Usted mismo es un traidor. Traidor le digo! — (*Váse indignada*)

MAXIMO, ANDRES e IVAN

ANDRÉS. — A decir verdad, Máximo, yo también quedo algo desconcertado. ¿Qué es lo que piensas? ¿Qué te pasa?

MÁXIMO (*Riéndose*). — No temas, amigo. No me pasa nada de nuevo. Siempre soy el mismo. Quiero decir, siempre varío y siempre soy el mismo.

IVÁN. — Una nube negra y espesa se ha abatido

sobre nuestro país. El pueblo se muere de miseria y de hambre. Las prisiones y la catorga están llenas de librepensadores, socialistas y anarquistas. Las enfermedades: el tifus, el cólera, agotan al país. Luchamos con estas plagas, sacrificamos nuestras vidas y nuestra sangre, pero en nuestro camino tropezamos con una plaga más grande que todas; que el hambre, la miseria, el cólera: con la traición en nuestras propias filas. ¿Cómo suprimirla, compañero Máximo? (*Máximo no contesta*).

ANDRÉS. — Muy sencillo, compañero Iván: matando a los traidores. ¿No es así, Máximo?

MÁXIMO. — Dime, Andrés, ¿crees tú que existe el derecho de matar?

ANDRÉS. — Sí.

MÁXIMO. — ¿Y podrías explicarme en qué se funda este derecho?

ANDRÉS. — El derecho de matar es el derecho de defensa. Cuando debemos libertar la vida de nuestros semejantes y se nos opone un obstáculo en forma de tirano, de verdugo o de traidor, nuestro sagrado derecho es suprimirlos.

MÁXIMO. — ¿Y si los obstáculos son muchos?

ANDRÉS. — Los barrerá la gran revolución rusa, como los ha barrido la revolución francesa hace más de un siglo.

MÁXIMO. — ¿Y no sabes tú nada sobre otra victoria en la historia humana?

ANDRÉS. — ¿Yo?... No. ¿Y tú?

MÁXIMO. — La de Cristo, que enseñaba no hacer al prójimo lo que no queremos que nos hagan a nosotros mismos.

ANDRÉS. — ¿Y crees tú, Máximo, que yo no me mataría el día en que tuviese la seguridad de estorbar en lo más mínimo al movimiento revolucionario?

MÁXIMO. — Sí, lo creo.

ANDRÉS. — Entonces, siendo el árbitro de la vida y muerte de mi propia persona, ¿no puedo serlo de la vida y muerte de un ser extraño que hasta ha perdido el derecho de llamarse hombre?

IVÁN. — Tiene usted perfectamente razón, compañero Andrés. (*Iván se despide*).

ANDRES y MAXIMO.

ANDRÉS. — Pero, dime, por fin, ¿qué te ocurre?

MÁXIMO. — Nada, nada, Andrés. Vengo de Samára. Tenemos allí algunos amigos y formé un nuevo grupo anarquista.

ANDRÉS. — ¡Qué suerte, Máximo! Un año o dos más y una red revolucionaria se extenderá sobre

todo el país. Entonces proclamaremos la revolución social, la revolución anarquista-comunista. Y llegará el gran día en que los hambrientos tendrán su pan, los despojados sus hogares, los desheredados toda la tierra hermosa que les ha sido robada.

MÁXIMO. — No llegará tal día para mí. Tengo el presentimiento, Andrés, que mis días están contados, y ¿sabes?... (*Se le acerca*) tengo miedo...

ANDRÉS. — ¿Tú? ¿Miedo tú?

MÁXIMO. — Sí.. tengo miedo de matar, de volverme una fiera salvaje, de morder y pegar, como un animal feroz.

ANDRÉS. — Cada vez te comprendo menos. ¿No es acaso una obra santa asesinar a los asesinos? ¿Y no consideramos como héroes a Balmaschoff y Sasonoff?

MÁXIMO. — Sí... ellos son héreos, pero yo no podría matar. El día que llegue a matar a alguien, no cuentes más conmigo. La sangre de la víctima me subirá a la garaganta, me ahogará.

ANDRÉS. — Estás enfermo, Máximo. Acuérdate que a nuestros compañeros los ahorcan a centenares y miles, que los martirizan en la catorga y en las prisiones, que violan a nuestras hermanas, que la inquisición reina por todas partes y vence tus sentimientos.

MÁXIMO. — Sí, Andrés, tienes razón.

ANDRÉS. — Acuérdate de la miseria y del hambre que sufre el pueblo...

MÁXIMO. — Sí, Andrés, sí.

ANDRÉS. — De la ignorancia y del miedo en que lo tienen sumido los opresores...

MÁXIMO. — Sí... Sí...

ANDRÉS. — Y de nuestra sagrada misión de salvarlo... de romper sus cadenas, de libertarlo de su esclavitud secular...

MÁXIMO. — Tienes razón, mil veces tienes razón. Gracias, mi querido, mi mejor amigo. No debemos tener sentimientos, los combatiré, los venceré...

ANDRÉS. — Tú sabes como te quiero... Y todos te quieren. Tú debes ser fuerte y sano...

MÁXIMO. — Fuerte y sano, fuerte y sano. Sí, sí, me convenciste por completo.

(*Entra Katia*).

MAXIMO, ANDRES y KATIA.

(*Andrés saluda a Katia con cariño, Katia le contesta distraída.*)

KATIA. — ¡Qué frío horrible!

ANDRÉS. — Siéntese aquí, Katia, cerca del fuego.

KATIA. (*Calentándose las manos*). — ¡Tengo tan heladas las manos!...

MÁXIMO. — ¿Qué le pasa, Katia? está usted pálida, como si estuviese enferma...

KATIA. — Pasaba el Nevski, (1) y me sentía tan bien... tan bien... La nieve como una sábana pura y blanca ha cubierto la calle. Yo me abrigaba en mi capote y una paz inmensa inundaba mi alma. Pensaba... ¿en qué pensaba yo? en las montañas donde nací, en el bosque, que tanto amaba, en el lago cercano, donde, de niña, me miraba como en un espejo. No... no pensaba en nada... Me sentía tan unida con todo lo vivo, que no me sentía... no sé como contárselo.

De repente oí gritos terribles que desgarraban el corazón, y otros gritos salvajes, y el galope de caballos. Me acerqué... y ví a los cosacos a caballo que pegaban con sus nagaicas a hombres y mujeres. Entre ellos había algunos casi niños. Y uno de ellos apretaba en sus manos crispadas una bandera, una bandera roja, embebida de sangre.

MÁXIMO. — ¡Infames, infames!

KATIA. — Ah, qué espectáculo horroroso era este. Un espía me agarró y me pegó en la cara...

(*Se cubre la cara con ambas manos. Un lar-*

(1) El Nevski Prospect, calle principal de Petrogrado.

go silencio. Katia descubre la cara. Sus ojos están llenos de lágrimas. En sus labios aparecen unas gotas de sangre. En el semblante de Andrés se leen sentimientos profundos de amor y de odio, en el de Máximo de terror).

MÁXIMO (*Con una compasión infinita*). — ¿Está usted herida, Katia?

KATIA. — No sé... (*Se limpia los labios con un pañuelo... tratando de sonreir*). Sólo unas gotas de sangre...

ANDRÉS. — Su sangre será vengada, Katia.

KATIA. — No, no, ¡si yo pudiera dar toda mi vida para que los hombres fuesen más felices!...

MÁXIMO. — Ah, Dios mío, Dios mío!

ANDRÉS. — Llámale, Máximo, llama a tu Dios, y pídele que te explique sus crímenes. Porque si existe, El es su Autor y Creador.

MÁXIMO. — Ah, tienes razón, toda la razón está de tu parte. Debemos endurecer las almas, llenarlas de fuego y de odio hacia estos asesinos infames.

ANDRÉS. — ¿Y si se necesitara matarlos?

MÁXIMO. — Hacerlo sin piedad.

KATIA. — Y es tan hermoso amar... (*Pausa*). Me siento algo mal, compañeros. Dadme de beber, tengo una sed tan grande... una llama me consume... (*Bebe*). Escuchad... cuando estuve de maestra en el campo, entre los campesinos

se propagó una leyenda, que yo tengo guardado un libro blanco donde está inscrito cómo los hombres deben vivir ¡Y eran tan listos estos campesinos! Llegaban de pueblos lejanos, despreciando fatigas y tiempo para hacerme la misma pregunta: ¿Dónde tiene usted escondido su libro blanco, Katerina Andreevna? Querían aprender cómo deben vivir. Y yo, ¿qué podía decirles yo?

MÁXIMO. — ¡Pobre Katia!

KATIA. — Ese libro yo no lo tenía.

MÁXIMO. — Cálmese Katia, olvide.

ANDRÉS. — No olvide nada, Katia, el hombre nunca debe olvidar.

KATIA. — Qué interés tienen los hombres en hacer la vida fea y ruda, no sé. Luchan, combaten, vierten sangre, ¿para qué? ¿para hallar la felicidad? No tienen la felicidad en su alma, y la buscan, y quieren conquistarla con las armas en la mano y con estas armas la matan y la felicidad muere en sus brazos, y muriendo les sonríe con una sonrisa amarga. Y la felicidad es como los niños que buscan la mano que los acaricia, es como las flores que sonríen al ojo que las admira!

MÁXIMO. — La felicidad es como usted, Katia.

CUADRO SEGUNDO

La pieza de Irene, mejor amueblada que la pieza en el primer cuadro. Se nota un gusto exquisito de mujer aristócrata. Irene, vestida con más esmero que Katia, pero modestamente.

IRENE y MAXIMO.

IRENE. — ¿Y qué es de su vida? ¿Siempre descontento de todo el mundo y de sí mismo?

MÁXIMO (*Riendo*). — ¡Cómo me conoce usted, Irene! Usted se encuentra en mi alma como en su propia casa. Y tiene el poder de ordenar en esta casa como su dueña legítima.

IRENE. — ¡No es muy grande mi poder! No puedo, por ejemplo, convertirle en socialista-demócrata.

MÁXIMO. — Si yo tuviese un camino tan cierto, tan

seguro, tan inequívoco como el suyo, ¡qué feliz sería!

IRENE. — Pero usted es anarquista!

MÁXIMO. — Sí, soy anarquista! Pero ante todo soy hombre... Y busco la verdad... busco el camino y estoy en tinieblas. Y en estas tinieblas, como relámpagos se me presentan espectros, y cada uno de ellos me mira hasta el fondo del alma, como si dijera: la verdad soy yo. Y entre las mil verdades me encuentro como un hombre perdido en un vasto campo durante un huracán.

IRENE. — Pues yo siento firme la tierra bajo mis pies.

MÁXIMO.— ¿No es la tierra misma un ser que sufre, que vive, que se debate en eternas convulsiones, que un día nació y un día morirá?

IRENE. — Yo jamás pienso en la muerte.

MÁXIMO. — Yo, siempre. (*Pausa. Tomando la mano a Irene*). — Pero en su presencia me envuelve una paz completa. Todo parece claro, bueno y hermoso: la amo, Irene.

IRENE. — Máximo, hay que poner término a nuestras relaciones.

MÁXIMO. — No veo porqué. ¡La amo con toda la pasión de mi alma!

IRENE. — No podremos ser dichosos, cuando hay

tanta desgracia alrededor (*pausa*). ¿No es mejor dejar de vernos?

MÁXIMO. — No, Irene, no! Mi noble y pura princesa, no debe quitarme la dicha de verla.

IRENE. — ¿Para qué prolongar un sufrimiento que es inútil, que a nada nos llevará, y que nos roba el tiempo y la paz?

MÁXIMO. — Usted todo lo resuelve con la razón, Irene, todo le parece claro, lógico y consecuente.

IRENE. — ¿Y usted?

MÁXIMO. — Pues mi razón está envuelta en una llama perenne, y en esta llama se debate y lucha, muere y nace, nace y muere...

IRENE. — ¡Ah, pobre Máximo, pobre Máximo! ¿Y qué le causa tanto sufrir?

MÁXIMO. — La incertidumbre... No sé nada, ni estoy seguro de nada.. dudo hasta de mi propia existencia.

IRENE. — ¿Y de su amor hacia mí?

MÁXIMO. — ¡No, no... de esto no!

IRENE. — No me lo explico.

MÁXIMO. — (*Inclinándose hacia Irene*). No tiene explicación. Es un misterio...

IRENE. — Yo no creo en misterios.

MÁXIMO. — Yo, sí.

IRENE. — ¿Pero en el amor a su madre no hay nada misterioso?

MÁXIMO. — Ese amor es más misterioso que todo, Irene.

IRENE. — Yo he roto ese lazo misterioso: he dejado a mi viejo padre, y mi padre me maldijo.

MÁXIMO. — ¡Cómo admiro su voluntad, Irene!

IRENE. — ¡No hablemos de ésto! No hay misterios, Máximo, lo que hay es ignorancia — la combatirá la ciencia, la combatirá hasta que triunfe. Lo que hay es miseria, servidumbre, — las vencerá la revolución proletaria. Y nosotros: usted, yo, sus amigos, los míos, todo el pueblo que trabaja y sufre, guiados por el ideal socialista, conquistaremos un nuevo mundo de libertad, de derecho, de justicia, que elevará la personalidad humana de su estado de animalidad hasta las cumbres más altas del pensar y del sentir. Y la vida será buena y bella. ¿No es así?

MÁXIMO. — Sí, Irene; pero ¿cómo me libertaré yo a mí mismo?

IRENE. — ¿De qué, Máximo?

MÁXIMO. — De mi otro "yo".

IRENE. — No le comprendo.

MÁXIMO. — Este otro "yo", Irene,, destruye con sarcasmo lo que pienso y hago. Niega, cuando yo afirmo; afirma, cuando yo niego; inventa razones cuando me absorbe un sentimiento, y con sentimientos obscurece mi razón.

IRENE. — ¡Pobre Máximo!

MÁXIMO. — Y en mi duda y desesperación empiezo a pensar en Dios.

IRENE. — ¿Usted cree en Dios?

MÁXIMO. — No digo que creo en El, pero le busco. Ah, si pudiese un día hablar con El frente a frente!

IRENE. — ¿Qué le diría?

MÁXIMO. — Le preguntaría: Dios Todopoderoso, dime, ¿quién ha creado el mal? ¿Y si tú lo has creado, para qué?

IRENE. — ¿Haría usted como los niños?

MÁXIMO. — Haría como los niños.

IRENE. — ¿Y sabe usted lo que le contestaría su Dios?

MÁXIMO. — ¿Qué?

IRENE. — Renegaría de su obra, atribuyéndola a Satanás.

MÁXIMO. — No sé... pero escuche... le ví... una vez... en el sueño... Es un Ser que sufre tan inmensamente, que mi dolor se ha perdido en el suyo, como una gota de agua en un mar inmenso.

IRENE. — ¡Para mí este ser que sufre es la Humanidad!

MÁXIMO. — ¡Para mí el Mundo, el Universo todo!

IRENE. — ¡Para mí el dolor de la Humanidad és primordial: lo siento, lo sufro, lo vivo.

MÁXIMO. — ¡Y yo en carne y espíritu siento el dolor del Señor!

IRENE. — Máximo, Máximo mío... (*Dominada por un gran sentimiento*). La vida, no es tan triste, ni tan negra. Hay en ella felicidad y sol y alegría... Y un día venceremos, y... cuando la victoria sea nuestra, seré suya, seré su mujer...

MÁXIMO. — (*Besando las manos de Irene*). Irene mía, alma mía, novia mía...

IRENE. — Tenemos derecho a ser felices. Nadie y nada en el mundo podrá arrebatarnos nuestra dicha.

MÁXIMO. — ... Nadie en el mundo.

IRENE. — Y lucharemos contra su enemigo interior. Yo venceré a este enemigo, purificaré su alma...

MÁXIMO. — ... Como una hada hermosa...

IRENE. — Y formaremos un hogar... Yo, y tú, y...

(*En la puerta aparece Marta, mortalmente pálida*).

MARTA. — ¡Qué horror, qué horror!

MÁXIMO. e IRENE. — ¿Qué hay, compañera Marta?

MARTA. — La policía con la banda negra están consumando una pogróm; ¡tienen una lista de los conscientes, se introducen en sus casas y los matan sin piedad! ¡Horror! ¡Horror! ¡Huid! (*Desaparece*).

IRENE. — ¡Huyamos, Máximo!

MÁXIMO. — (*Con una sonrisa de amargura infinita*). ¿A dónde, Irene?

IRENE. — Nos defenderemos. Buscaremos a los nuestros y con las armas en las manos disputaremos nuestras vidas.

MÁXIMO (*lanza una carcajada nerviosa*).

IRENE. — Máximo, Máximo, el tiempo urge. Vámonos, te lo suplico.

MÁXIMO. — No. (*Ríe de nuevo*). Mataríamos a los del pueblo, por los que luchamos! (*Ríe*). No, no, no iré. Véte sola. Déjame. ¡Te suplico que me dejes!

IRENE. — Me quedo contigo.

(*La puerta se abre con violencia. La pieza se llena de mujeres y hombres, vestidos de campesinos y burgueses. Están armados de palos, picos y hachas. Al entrar, miran alrededor con cierta extrañeza, tocan los objetos sin mirar a Máximo e Irene. Pasa un instante de profundo silencio*).

UNA VOZ. — Se dicen amigos del pueblo, y viven como príncipes. Saquead, robad, inutilizad lo que no podáis llevar. (*Empieza el saqueo*).

LA VOZ DEL ESPÍA. — ¡Hermanitos! aquí tienen ustedes a Máximo, a Máximo el anarquista!

VOCES. — Muera Máximo, muera... muera...

(*Un burgués, carnicero, con cara sedienta de sangre, con el hacha en la mano se acerca a Irene*).

EL CARNICERO. — ¿Y tú, hermosura, también conspiras contra el zar y la patria? ¡Pero qué manitas tan blancas tienes, parecen de una princesa!

UNA MUJER DEL PUEBLO. — Como nunca trabajan estos pajaritos, pueden tener las manos blancas, no como nosotros. (*Muestra sus manos. Risas*).

VOCES. — ¡Bravo, Mascha, bravo!

EL CARNICERO. (*A Irene en tono irónico y amenazador*). — Dame tu blanca manita, princesa, y te haré mi mujer. (*Hace el ademán de abrazarla*).

IRENE. (*Con voz majestuosa y firme*). — Si me tocas, te mato.

LA VOZ DEL ESPÍA. — ¡Dejad a esta muchacha! Ocupáos de Máximo, si no es capaz de huír!

MÁXIMO. — ¡No huiré, miserable!

(*Voces de aprobación*).

MÁXIMO. — ¿Por qué no muestras tu cara, Judas infame?

(*Risas*).

LA VOZ DEL ESPÍA. — ¡Matadlo, es enemigo del zar!

VOCES. — ¡Matadlo, matadlo!...

UN CAMPESINO (*de cara menos salvaje*). — ¡Qué Judas le mate!

LA VOZ DEL ESPÍA. — ¡Es enemigo de la patria!

(*Algunas manos se levantan para pegar a Máximo. Una mujer le escupe en la cara*).

LA VOZ DEL ESPÍA. — ¡No cree en Dios. Matadle, acabad con él!

(*Máximo sube sobre una silla, se hace visible para todos*).

UN CAMPESINO. — No tiene cara de malo este hombre.

MÁXIMO. — Apuráos, hermanos, ¿qué esperáis? ¿Queréis mi vida? Aquí la tenéis. Y si tuviera mil, todas os las daría ahora. Matadme, hermanos! Salvadme de esta vida que no me dió más que sufrimientos y penas. Haced lo que yo no tenía el valor de hacer. Matad, matad...

(*Se desgarra la ropa. Sobre su cuello desnudo se ve una pequeña cruz*).

Apuntad bien, tomad mi vida, que es para mí una muerte contínua.

UN CAMPESINO. — Tiene una cruz. Es cristiano. Dejémoslo. Vámonos.

VARIAS VOCES. — Sí, sí, vámonos.

(*Salen algunos agobiados. Otros, tratando de no ser vistos, se persignan*).

EL ESPÍA. — (*Siempre invisible*). Ya nos veremos, pajarito, no escaparás a mis manos. (*Con desprecio*). ¡Orador!

(*Todos han dejado la pieza. Máximo cae sobre una silla, se cubre la cara con ambas manos y llora. Irene arrodillada a sus pies cubre sus manos con besos y lágrimas*).

ACTO II.

CUADRO PRIMERO

La escena representa un largo corredor en la prisión de Pedro y Pablo en Petrogrado. A ambas partes del corredor están las celdas de los más graves presos polticos de la gran Rusia. En el corredor conversan entre sí dos carceleros. El primero, Demetrio Vasilievich, anciano de 70 años, desde hace muchos años en la prisión; el segundo, Pablo, pariente de Demetrio Vasilievich, de 25 años, de reciente ingreso a su puesto.

Demetrio Vasilievich, agobiado por los años, con una luenga barba blanca, habla en tono paternal.

DEMETRIO VASILIEVICH. — Es pesado llevar sus 70 años, hijo mío. Cuando me dieron la cruz, ésta, ¿la ves?, por mi brillante comportamiento en la campaña de Crimea, yo fuí más guapo que tú.

¡Qué tiempos aquellos, qué tiempos! Y los hombres fueron otros.

PABLO. — Otro día me contaste, abuelito, que se vivía muy mal en aquellos tiempos; dijiste que libertaron al muschik (1), robándole la tierra, y que de una esclavitud ha pasado a otra.

DEM. VAS. — Sí, hijo mío, todo esto te decía...

Es verdad. Pero te diré que aquellos tiempos fueron, a pesar de todo, más hermosos!

¿Y sabes por qué? Porque los hombres temieron a Dios. Y ahora, hijo, se olvidaron de Dios, y creen más bien en su apóstata Satanás.

PABLO. — Pero, abuelito, ¿no tenemos acaso iglesias, y popes (2), que son los servidores de Cristo? Yo voy todos los domingos a la iglesia.

DEM. VAS. — ¿Y crees tú, hijo, que Dios está en las iglesias?

PABLO. — En las iglesias, abuelito, hay iconos: de la Santísima María, de Jesucristo, de San Pedro, de San Andrés...

DEM. VAS. — Sí, hijo, sí, hay allí iconos de todos los santos, pero Dios no está allí.

PABLO. — ¿Y dónde está Dios?

DEM. VAS. — ¿Sabes tú, qué día es hoy? Es el do-

(1) Campesino.
(2) Sacerdotes rusos.

mingo de Resurrección. Hoy Cristo resucitó de la muerte, y El nos enseña que Dios está en nosotros, y que debemos amar a todos los hombres.

PABLO. — ¿A todos? (*Indicando las celdas de los presos políticos*). — ¿También a estos debemos amar?

DEM. VAS. (*En voz baja*). — También a estos desdichados, Pablo, debemos amar.

PABLO. — ¡Son traidores al zar y a la patria!

DEM. VAS. — Chst... Chst... (*En voz baja*). Son desdichados, te digo. Hay aquí algunos que en veinte años no han visto la luz del día.

PABLO. — ¡Lástima que no los hayan ahorcado mucho antes!

DEM. VAS. — Cállate, hijo, cállate. ¡Si hubieras visto tanto como yo he visto en mi vida! ¿Ves aquella celda... número ocho?

PABLO. — Esa... ¿de la viejita?

DEM. VAS. (*Siempre en voz baja*). — Esa mujer que te parece anciana, con su cabello blanco, y tan majestuosa como una reina a pesar de todas sus desgracias, no tiene más de 38 años, y entró aquí casi niña, risueña, joven, una hermosura... Ahora, hijo mío, no se ríe... ¡nunca se ríe más...

PABLO. — Pero, abuelito, ¿dicen que asesinó a un general?

DEM. VAS.—Chst... hijo mío... ¿No perdonó Cristo en la cruz a sus verdugos? Y estos son desdichados, te digo que son desdichados. ¿Y el número tres? Hace una semana se ha vuelto loco; grita y llora, llora y grita... ¿Y el número cinco? hace un mes quería matarse... incendió sus ropas, apenas lo hemos salvado... Tiene el cuerpo lleno de quemaduras, pero no grita, aprieta los dientes y no pronuncia ni una sola palabra.

PABLO. — Pero, abuelito, ¿tú amas a los enemigos del zar?, si no fueras mi pariente, te delataría.

DEM. VAS. — Je, je... ya soy muy viejo, hijito, si no hoy, mañana vendrá la muerte, ya no temo a nadie más que a Dios.

PABLO. (*En tono amenazador*). — Sin embargo, ten cuidado, viejo!

DEM. VAS. — Je, je... cuando me delates, cuídate de Natascha... Es la hija de tu hermana mayor. (*Empieza a buscar en los bolsillos de su uniforme*). — ¿Dónde lo habré perdido?

PABLO. — ¿Qué buscas?

DEM. VAS. — Cada mañana, cuando vuelvo a casa, corre a recibirme en sus brazos mi pequeña Natascha y la pícara me mira con sus grandes ojos, y estos ojos penetran hasta el alma. No dice nada, pero en sus ojos se lee la pregunta: "¿se olvidó, abuelito, o no se olvidó?"

(*Encuentra por fin lo que buscaba: es un pedazo de chocolate; mostrándoselo a Pablo*):
Esto es lo que buscaba.

PABLO. (*En tono suave*). — ¿Y quién está, abuelito, en el número once?

DEM. VAS. — Es Máximo Petroff, Máximo Petroff.
(*Entran Baranoff y varios carceleros. Dem. Vas. y Pablo saludan militarmente*).

DEM. VAS. — ¡Todo está en orden!, ¡Vuestro Honor!

CUADRO SEGUNDO

La escena representa la celda de Máximo, que está encadenado.

MÁXIMO. — Hoy es un día glorioso — ¡el domingo de la Resurrección! ¡Qué hermosa verdad fué ésta para mí en mi juventud! ¡Y ahora!...

Mi razón se opone a aceptar la posibilidad de la resurrección de un hombre que al morir no deja más que ceniza, ceniza y humo.

¿Entonces no es verdad? ¿La resurrección nada más que una hermosa leyenda? Pero esta leyenda llega a mi alma que se regocija y jubila por la resurrección del Señor, que mi razón niega... Mi razón y mi alma — dos enemigos eternos...

Pero hoy escucha a tu alma, Máximo, sin temor: tus pensamientos no deben traducirse en

actos, eres libre como un pájaro que vuela hacia el cielo, lejos de la tierra con sus miserias.

Eres libre aquí en cadenas, y fuiste encadenado cuando eras libre... Ja, ja... Cuidado, Máximo, con tu pobre razón... ¿Qué es Cristo? ¿Dios? Jamás en mi vida he podido representarme la faz del divino Maestro! Su grandeza se me revelaba más bien cuando pensaba en Judas, su delator...

No fué Dios... pero venció la muerte. ¿Cómo venció la muerte? la vencvió por su dolor: grave, solemne, potente, infinito e inmortal fué el dolor de su alma hermosa y pura que terminó con la inmortalidad.

(*Se entreabre la puerta y aparece Dem. Vas.*).

¿Qué? ¿Es prohibido hablar consigo mismo? ¿Comprendes, acaso, la dicha de hablar aun con las paredes, cuando se está solo durante días y noches, semanas y meses? ¡Déjame, viejo, déjame en paz!

DEM. VAS. — Chst... Te lo digo por tu bien. Hace unos días un compañero tuyo se ha vuelto loco; hablaba consigo mismo, como tú ahora, y se enloqueció.

MÁXIMO. — ¿Quién?

DEM. VAS. — No lo debo decir, señorito.

MÁXIMO. — ¿Y le llevaron al hospital?

(*Dem. Vas. no contesta.*).

MÁXIMO. — ¿Le dejaron aquí, loco, enfermo? ¡Infames, miserables!

DEM. VAS. — Chst... Cállate... también a mí me inspiró lástima... era tan bueno!... siempre me llamaba Dem. Vas., como tú.

MÁXIMO. — Bien, bien, Demetrio Vasilievich, no temas por mí. ¿Sabes qué día es hoy?

DEM. VAS. — ¿Cómo no lo voy a saber, señroito? Hoy es el domingo de Resurrección. Cristo, nuestro Señor, resucitó de la muerte. ¿Pero ustedes no creen en Cristo?

MÁXIMO. — ¿Y tú? ¡Crees en Cristo y sirves a los verdugos!

DEM. VAS. — No lo digas, señorito, no lo digas... lo hago por Natascha,... y he sido soldado... y sirvo al zar-padrecito. (*Sale*).

MÁXIMO. — Se ofendió mi Dem. Vas. por su Cristo. Es raro esto. ¿Y el verdugo? ¿También el verdugo se regocija hoy y una bondadosa sonrisa ilumina su cara y lleno de felicidad por la buena nueva, repite: ¿Cristo resucitó?

No... el verdugo es Judas, Judas que vendió al Maestro.

¿Y quién fué Judas? Un traidor infame y miserable, el más pérfido de los hombres, y el mundo le condena, y la posteridad le maldice... y se olvida que este infame que vendió al Maestro se ahorcó. ¿Por qué se ahorcó? — porque

sufría, sufría — porque tuvo conciencia; tener conciencia quiere decir tener alma.

¡Ah, qué raro, qué raro! Cristo y Judas — los dos tuvieron alma; tener alma es ser iguales...

Mi cerebro arde y se consume y no puedo resolver este problema. Es imposible... imposible.

Cristo grande y Judas miserable; Cristo, creador del bien, y Judas, creador del mal; Cristo como Dios y Judas como Satanás, se confunden en un solo ser, y este ser es el alma.

Es un misterio que no puedo aclarar. ¿Cómo pudieron existir Cristo y Judas a la vez, y cómo viven los dos en mi propio ser, tan cerca uno de otro, enemigos siempre, y hoy, en esta hora solemne, en un estrecho y profundo abrazo fraternal?

(*Entra Demetrio Vasilievich*).

DEM. VAS. — ¡Tengo algo muy hermoso para tí, señorito!

MÁXIMO. — ¿Muy hermoso, dices? Hermoso sería que me dejasen en libertad, y que libertaran a todos el día del Señor.

DEM. VAS. — Dios os libertará, Dios os libertará... Tengo dos cartas para tí, señorito.

(*Máximo casi arranca las cartas de las manos del carcelero, las abre y lee con nerviosidad.*

El carcelero le contempla, mueve la cabeza, pronuncia unas palabras incomprensibles y sale).

MÁXIMO (*Lee la primera carta*). — De mi madre... ¡Qué raro! Mamá no sabía escribir... (*Lee con pausas*). "Mi querido Máximo. Aprendí a escribir para tí. Yo me encuentro bien, muy bien, no creas que me falta algo, o que lloro mucho... nada me falta y tengo un solo deseo... verte de nuevo y estrecharte entre mis brazos... Ten fe, mi hijo querido, Cristo nos salvará y volverá el hijo a la madre".

¡Qué milagro, qué milagro,—es un verdadero milagro!—¡Ah, mamá, mamá, qué grande eres!

(*En este momento se oyen las campanas y un canto lejano del coro: "Cristo resucitó, por la muerte venció la muerte". Máximo escucha con pasión. Una inmensa felicidad le inunda*).

MÁXIMO (*Después de una pausa*). — Ahora es claro, claro como el día; el amor es hijo del dolor y vencerá... andará en el mundo y purificará las almas... ¡Ah, como todo se ha vuelto claro, claro como el día, como el día que no veo!...

(*Lee la otra carta*):

"Mi amado, Máximo... No puedo olvidarte... siempre dónde estoy... te veo ante mí... despierta, como en el sueño, continuamente repito tu nombre...

"No podría seguir viviendo sin esperanza... Que pase un año, o dos, o diez, pero algún día estarás libre, y este día será el más hermoso de mi vida..."

MÁXIMO. — Irene vive, está en libertad y piensa en mí! ¡Dios mío! Dios mío! Es para volverse loco de tanta dicha a la vez.

(*Recordándose*)... pero estos verdugos han leído la carta, la han leído con sus sonrisas perversas... (*Levanta la mano*). Sería capaz de matarlos, me infiltran veneno en las venas... Los odio, los odio... y si llegara a ser libre... cuidado, miserables!

(*Se oyen las campanas y "Cristo resucitó"*).

MÁXIMO (*Como hablando con un ser invisible*). — Sí, sí, ya sé...

(*Entran Baranoff y dos carceleros. Los tres tienen caras de asesinos legales*).

BARANOFF. — Levántate.

(*Máximo no oye*).

BARANOFF (*En voz más alta*). — Levántate, te digo, si no...

MÁXIMO (*Lo mira fijamente, pronuncia sereno y firme*). — No me levantaré.

BARANOFF (*Grita en voz siempre más alta*). — Miserables, infames... Si yo pudiese, les ahorcaría a todos... a todos... oyes?

(*A los carceleros*). Registradle.

(*Los carceleros registran a Máximo*).

BARANOFF. — Si yo fuera el zar, la sangre de los tuyos correría en las calles.

MÁXIMO. — ¿Sabe usted, Baranoff?, usted me inspira lástima.

BARANOFF. — ¿Yo? ¿A tí? ¿Yo, que gozo de la libertad, tengo dinero, mujeres? ¿Yo, tu amo y tu zar, te inspiro lástima a tí, miserable, encadenado, encerrado en este calabozo para toda la vida?

MÁXIMO. — Sin embargo, le tengo lástima, Baranoff.

BARANOFF. — Explícate, en seguida... Si no, te pegaré... con mis propias manos, ¿ves?... con estas manos te estrangularé.

MÁXIMO (*Siempre tranquilo y sereno*). — Con sus manos manchadas de sangre...

BARANOFF (*Con una sonrisa cínica*). — No te preocupes, me las lavaré.

MÁXIMO. — Usted morirá pronto, Baranoff. Sus días y horas están contados.

(*Baranoff se vuelve intensamente pálido. Su tono truécase de arrogante en humilde*).

BARANOFF. — ¿Usted sabe algo, Máximo Pablovich?

(*En tono de mando a los carceleros*). ¡Salid de aquí, miserables!

(*Salen los dos carceleros*).

BARANOFF y MAXIMO.

BARANOFF. — ¿Me matarán?

MÁXIMO. — Te matarán.

BARANOFF. — ¿Quién? Dime... te facilitaré la huída, te conseguiré el perdón del zar, seré tu amigo, tu servidor, tu perro, sólo dime el nombre...

(*Grita*). El nombre, ¿oyes?, díme el nombre, si no, te mato.

(*Comprende que en este tono nada conseguirá*).

¡Máximo Pablovich, besaré tu mano!

(*Máximo con desprecio retira su mano*).

MÁXIMO. — Te lo diré.. Tu asesino será una mujer, una niña casi...

BARANOFF. — ¿Una mujer, dices? ¡Infames socialistas!

MÁXIMO. — Será una niña, que apenas cumplió sus diez y ocho años. Su voz es de un sonoro metal, sus ojos son profundos y penetran hasta el alma, sus manos son blancas, de una blancura de marfil, y su alma es pura como la nieve.

Y esta niña con sus débiles manos tomará un revólver y te matará.

BARANOFF. — ¿Te mofas de mí?

MÁXIMO (*Sereno, casi solemne*). — No, te digo la verdad.

(*Se levanta y con voz que parece profética*):

Llevarán a tu casa tu cadáver y tu mujer y tus hijos se rehusarán a recibirle. Y acompañado por las maldiciones de tus víctimas, te enterrarán como a un perro.

BARANOFF. — No será una mujer, será una canalla.

MÁXIMO. — Será una santa.

BARANOFF. — Pero la prenderán, la martirizarán, la quemarán viva...

MÁXIMO. — No... tendrá otra bala para sí.

BARANOFF (*Agobiado por el presentimiento de la verdad de la predicción, murmura las palabras*: Infames socialistas. *Sale sin mirar a Máximo*).

MÁXIMO (*Solo*). — Me he vuelto profeta. ¡Qué raro! Y tengo la seguridad que así será... ¿Y el nombre? Este desgraciado quería saber el nombre. (*Piensa*).

Ah.. ya sé... será Katia, y Andrés, mi querido Andrés, que la ama, pálido, con la muerte en el alma y con su bondadosa sonrisa en los labios pondrá el revólver en su mano, y sus labios murmuraran palabras de cariño, que no se atreverá a pronunciar, y ella se despedirá de él con una leve sonrisa: "Adiós, camarada"...

(*Se oye un gran movimiento. Se abre la puer-*

ta de la celda. Entran el zar, acompañado por Baranoff, generales, un sacerdote, un espía. Baranoff, intensamente pálido, parece un condenado).

EL ZAR. — ¿Y éste quién es?

BARANOFF. — ¡Un anarquista, un anarquista muy peligroso, Majestad!

EL ZAR. — ¿Cómo se llama?

BARANOFF. — Se llama Máximo Petroff.

EL ZAR. — ¿Y de qué crimen es culpable?

BARANOFF. — Majestad, organizó grupos anarquistas sobre todo el Volga, es enemigo del Estado, de la Patria y de Vos.

EL ESPÍA (*Se inclina profundamente ante el zar*).— Yo lo seguí durante tres meses, fuí como su sombra.. es un orador, Majestad, un orador peligroso.

MÁXIMO. — ¡Ah, tú eres mi Judas, por fin veo tu cara!

BARANOFF. — ¡Silencio! ¿Cómo te atreves a hablar en presencia del zar? ¡De rodillas!

MÁXIMO (*Con una leve sonrisa*). — ¡Pero tú te atreves a mandar en su presencia!

EL ZAR. — Déjalo.

(*Baranoff se inclina y va al fondo de la escena*).

EL ZAR. (*A Máximo*). — Usted no se parece a un criminal.

MÁXIMO. — ¡No lo soy!

EL ZAR. — No tiene usted cara de asesino.

MÁXIMO. — El día que llegara a matar dejaría de existir. Pero si queréis ver caras de asesinos, mirad, Señor... (*Indica con la mano al séquito del zar*).

EL ZAR (*Severo*). — Ellos cumplen su deber.

MÁXIMO. — Yo cumplí con el mío.

EL ZAR. — ¿Qué consideras tú como tu deber? Levantar el pueblo contra mí, rebelarse contra la autoridad, tratar de destruir los principios del Imperio, fundado sobre el temor de Dios?

MÁXIMO. — Aquel que resucitó hoy, no quería que le temiesen, profesaba el Amor.

EL ZAR. — ¿Tú te atreves a hablarme de Cristo?

MÁXIMO. — ¿Por qué no? ¿Acaso yo ordené ahorcar a centenares y miles de hombres que no tenían más culpa que haber luchado por su libertad? ¿Yo mandé a los hermanos asesinar a sus hermanos, a los hijos asesinar a sus padres?

UN GENERAL. — No le escuchéis, Majestad, es un loco, un loco peligroso.

MÁXIMO. — ¿Loco? Todavía no, pero si queréis ver un loco, pasad a otra cámara, veréis a uno, a una de vuestras víctimas.

EL GENERAL. — ¡Majestad!

EL ZAR (*Impaciente*). — Dejadme en paz.

(*A Máximo*). Cristo no está con vosotros. Es

nuestro. Y sus servidores maldicen a mis enemigos y alaban mi obra.

MÁXIMO. — ¡Sus servidores! ¿Habláis de éstos? (*Indica al sacerdote*).—¿No sabéis, acaso, que éstos han vendido a Cristo?

EL SACERDOTE. — Majestad, no lo escuchéis, es un loco.

MÁXIMO. — Sí, yo soy loco, y tú eres cuerdo. Tú, mañana, con vestido de seda, con una imagen de Cristo sobre el pecho, y sin Dios en el alma, acompañarás al verdugo, que ahorca a una mujer. Tú alteras las palabras de amor en palabras de odio, las que siembras sobre la tierra; tú envenenas las almas, las esclavizas, y prometes a los ignorantes y pobres del reino de Dios en el cielo en pago de su trabajo que tú y los tuyos (*indicando al séquito del zar*) aprovecháis en la tierra.

Tú vives del sudor y de las lágrimas del pueblo y El... (*Se oyen las campanas y el canto: Cristo resucitó. Máximo está dominado por un gran sentimiento, que se refleja en todo su ser*).

EL ZAR. — Dejadnos solos...

(*Todos protestan*).

EL ZAR (*Con voz de mando*). — Os digo que me dejéis solo con Máximo Petroff.

(*Todos salen, menos el espía. Este dirige miradas penetrantes a Máximo*).

EL ESPÍA. — Permite a tu más humilde servidor que se quede.

EL ZAR (*Le da un puntapié*) — ¡Sal, miserable!

EL ESPÍA (*Agobiado*). — ¡Qué viva el Emperador!

EL ZAR y MAXIMO.

Durante toda la conversación entre el zar y Máximo se oyen las campanas y "Cristo resucitó". Los sonidos se alejan y se acercan.

EL ZAR. — En nombre de Cristo, a quien veo que amas, respóndeme la verdad sobre todo lo que te voy a preguntar.

MÁXIMO. — Os diré la verdad.

EL ZAR. — ¿Me crees culpable, cómplice de aquellos que llamaste asesinos?

MÁXIMO. — Sí.

EL ZAR. — ¿Me crees culpable ante los hombres y ante Dios?

MÁXIMO. — Ante Dios y ante los hombres.

EL ZAR.—¡Mientes! Te digo que tus palabras son invención y mentira. (*Majestuoso*). Yo soy el zar de todos los rusos, el Emperador del gran Imperio que se extiende desde el Caspio hasta los hielos polares, y desde el Báltico hasta los confines de Asia, y que se extenderá un día de una parte del mundo a la otra. Yo revisto

un poder colosal: millones de hombres obedecen a una sola señal de mi dedo. Yo soy el soberano todopoderoso de todos los rusos, y con la muerte pagaréis tú y quienes por fuerza o por astucia intenten arrebatarme el poder, *porque es Dios quien me lo ha dado*. ¿Oyes? Yo reino en nombre de Dios, y los maldecidos por *mí* son por El maldecidos, y los castigos que yo os impongo son castigos de Dios. Y cuanto más os rebeléis contra mi omnímodo poder, tanto más armará El mi mano.

MÁXIMO. — Aquel que os trajo hasta aquí, y que oculto vive en vos, como en todas las criaturas humanas, no os revistió de ningún poder sobrehumano sobre vuestros semejantes. El no os dió el poder sobre el cuerpo y el alma de millones de hombres que son tan libres como vos sois libre.

EL ZAR. — ¿Pero quién es El? ¿De quién me hablas?

MÁXIMO. — El es Aquel de quien dicen que resucitó esta noche y que por la muerte venció la muerte.

EL ZAR. — ¿Pero tú no crees que Cristo fué Dios?

MÁXIMO. — No.

EL ZAR. — ¡Y yo te hablo de aquel gran Dios, que es el creador del mundo, del bien y del mal, y de los destinos humanos!

MÁXIMO. — ¿Qué pruebas tenéis que aquel Dios, que castiga y ordena, existe?

EL ZAR. — Existe, porque debe existir, porque si no existiese, yo no sería el zar de los rusos, y tú no estarías aquí, en cadenas; porque...

MÁXIMO. — Porque si no existiera, se derrumbaría el castillo de naipes que formásteis para justificar vuestros crímenes.

EL ZAR. — ¿Cómo te atreves?

MÁXIMO. — Me pedisteis la verdad.

EL ZAR. — ¿Tienes tú, acaso, pruebas *contra* la existencia del Dios - Omnipotente?

MÁXIMO. — Sí.

EL ZAR. — ¿Y dónde están estas pruebas?

MÁXIMO. — En el alma.

EL ZAR. — ¿Qué es alma?

MÁXIMO. — Alma es Dios.

EL ZAR. — No te entiendo. Explícate.

MÁXIMO (*Misterioso, acercándose al zar*). — Escuchad: todo lo que realizásteis, todos los crímenes de que sois autor, todo el infierno que creásteis en vuestro vasto imperio, todo el mal que hicísteis, y todavía sois capaz de hacer, todo esto estaba en mí; aquí en mi pecho gemía el mal, gruñía en mil voces obscuras y sordas, me envolvía en un manto negro y espeso, me inspiraba sentimientos infernales, y con sus dedos crispados me dirigía al abismo eterno...

EL ZAR. — ¿Y?

MÁXIMO. — Y Dios me salvó.

EL ZAR. — ¿Dios, dices?

MÁXIMO. — Mi alma.

EL ZAR. — Pero, dime, si sentiste tanto el mal en tí mismo, no tienes el derecho de condenarme.

MÁXIMO. — No tengo el derecho de condenaros.

EL ZAR. — ¿Y somos hermanos?

MÁXIMO. — Somos hermanos.

EL ZAR. — Escucha, entonces, hermano mío, te diré la verdad. También yo una vez en mi vida diré la verdad. *Yo no soy libre.* Mi palacio es mi prisión, mis cortesanos son mis carceleros, y mi corona, mis cadenas. No hay ni un solo rincón en mi vasto palacio donde pudiera sentirme libre, y no hay una sola alma en el mundo ante la que podría hablar con franqueza. Estoy solo en el mundo, como Judas, como Judas el traidor.

MÁXIMO. — ¡Pobre hermano!

EL ZAR. — Yo no soy feliz. El brillo, el lujo, el poder, sólo ahondan el abismo que hay entre mis acciones y mi querer. Hago una cosa y quiero hacer otra. Y después de haber hecho algo mal, profundamente mal, en el abismo del mal resplandece ante mí el bien en toda su hermosura. Y te aseguro: (*misteriosamente*) el bien tiene ojos, ojos tan hondamente

tristes que lloran sin lágrimas, y estos ojos me persiguen de día y de noche, los veo despierto y en el sueño, y me espantan, me espantan... quiero huir... y no puedo... y me levanto con un frío sudor sobre mi frente.

MÁXIMO. — ¿Y qué os dijo vuestra sombra?

EL ZAR. — Escucha, escucha... Una noche tomé mi espada, y quería perseguir, matar a mi sombra misteriosa... y la sombra no huyó, no!... me miró con sus ojos de niño y me habló... te aseguro que me habló, como yo te hablo a tí.

MÁXIMO. — ¿Qué os dijo vuestra sombra?

EL ZAR. — Sólo dos palabras: *"Sufro por tí"*.

MÁXIMO. — ¡Pobre hermano mío!

EL ZAR. — Y te diré la verdad... que tengo miedo de la muerte, te digo, le tengo miedo... vendrá la sombra misteriosa y me mirará con su cariñoso reproche y no me dejará, no me dejará... quedará conmigo en la eternidad.

MÁXIMO. — Quedará con vos en la eternidad.

EL ZAR. — ¿Y no hay salvación?

MÁXIMO. — No hay salvación. Vuestra sombra con ojos de niño, profundos y tristes, es vuestra alma.

EL ZAR. — ¿Mi alma dices, y qué es alma?

MÁXIMO. — Alma es Dios.

EL ZAR. — Ah, ¡qué Dios misterioso!... Entonces Dios está en mí.

MÁXIMO. — Dios está en vos. (*Pausa*).

EL ZAR (*Sencillo*). — Máximo, hermano mío, te devuelvo la libertad. Desde este momento eres libre y puedes obrar según te dicte tu conciencia. Y yo quedaré encarcelado en esta vasta prisión que se llama el Imperio de los Zares. Tu puedes salvarte... pero no hay salvación para mí...

(*El zar ofrece la mano a Máximo. Máximo la toma y maquinalmente la besa.*

La puerta de la celda se abre con violencia. Entra el séquito del zar. Las caras de todos muestran alegría y triunfo).

EL ESPÍA (*Se acerca agobiado al zar*). — Majestad, yo he visto todo... El terrorista besó tu mano; magnífico, espléndido... (*Se retuerce las manos*). Maravilloso. ¡Mañana mismo todos lo sabrán! Qué efecto, qué efecto hará. El anarquista que besa la mano al zar! Ja, ja, ja... Sus compañeros se arrancarán los pelos y tus humildes servidores besarán las huellas de tus pies, como yo, tu perro, tu sombra...

(*En este momento se oyen las carcajadas del loco*).

EL ZAR. — ¿Qué es esto?

MÁXIMO (*Sus ojos lanzan llamas*). — Es tu vic-

tima, una de las tantas. No acepto la libertad... prefiero el martirio... (*Al espía*). — Y tú, Judas...

EL ESPÍA. — Je, je... Judas... Judas eres *tú*, traicionaste a los tuyos, besaste la mano del zar. ¡Traidor!

(*Se confunden las carcajadas del loco y de los cortesanos del zar. Y como por encima de este caos se oye el canto claro y sonoro*: "*Cristo resucitó de la muerte, por la muerte venció la muerte*".

Las campanas y campanillas con mil voces armoniosas alaban al Señor).

ACTO III.

Una pieza modestamente amueblada pero adornada de flores. Reina en ella completo orden. La madre de Máximo y la dueña de casa. La madre de Máximo espera la llegada de su hijo. Nerviosa. Llena de dicha. Habla con la dueña de casa, con las flores, con los objetos, con algo invisible.

LA MADRE DE MÁXIMO. — Y aquí colocaremos las flores... aquí junto al retrato, y otras en la mesa, y otras en la ventana... ¡Cómo os ama mi Máximo! (*Acaricia las flores*).

(*Sigue arreglando los objetos como si fueran cosas vivas, habla al ama de casa, sin mirarla*).

Llegará mi Máximo, se sentará aquí... no, aquí... no, no se sentará, se quedará de pie... se lanzará a mis brazos y lágrimas cubrirán sus mejillas, lágrimas de dicha, y yo no llo-

raré, no, lloraré sin lágrimas, para que no vea cuán inmensamente sufrí... Y le secaré las lágrimas y le miraré en los ojos, en sus ojos profundos y tristes, tan tristes y tan hondos, como los del Señor... Pero no llega... ¿por qué no llega? (*Como en oración*): ¡Que nada pase a mi hijo! Que Dios le acompañe en su camino, que lo guarde, que lo libre del mal, que lo traiga sano y salvo a los brazos de su madre.

LA DUEÑA DE CASA. — No se aflija usted tanto, querida. Su hijo vendrá... ya vendrá... aquí viene alguien...

(*La madre se lanza hacia la puerta. Aparece Marta*).

MARTA. (*En tono brusco*). — ¿No está todavía su Máximo?

LA MADRE. (*Con una sonrisa de dolor y de esperanza*). — No, mi Máximo no vino, le espero de un momento a otro. De un momento a otro llegará mi hijo.

MARTA. — ¿Y no le extraña que hayan dejado en libertad a su hijo?

LA MADRE. — ¿Extrañarme? No. Día y noche, noche y día yo lloraba e imploraba un milagro de Dios, ¿no ves? Casi ciega me he vuelto de tanto llorar, y Dios vió mis lágrimas e hizo un milagro y le salvó, y de aquí a poco le ten-

dré en mis brazos. ¡Ah, este poco es una eternidad!

MARTA. (*En el mismo tono*). — En nuestro tiempo nadie cree en milagros. Si fué libertado *será* por algo.

LA MADRE. — ¿Cómo dice usted? Le han libertado por algo... tendrá usted mucha razón. (*Con una sonrisa llena de amor*). Yo, hijita, creo en milagros, soy anciana, nunca he estudiado como ustedes, digo lo que mi pobre corazón me dicta.

No fué un milagro, claro que no; libertaron a mi Máximo por sus méritos, por su alma de niño, por su bondad, por su grandeza, por su amor...

MARTA. — Je, je.

LA MADRE. — ¿De qué se ríe usted?

MARTA. — ¿Yo? De nada.

LA MADRE. — ¿Usted no es amiga de mi hijo?

MARTA. — ¿Yo? ¿amiga de su hijo? Nunca. ¿Yo, socialista y mujer honrada, amiga de su hijo? Jamás en la vida.

LA MADRE. (*Con orgullo*). — Sí, usted no puede ser amiga de mi hijo.

MARTA. — ¿Y esta mujer se enorgullece todavía por su hijo? Sepa Vd.... no, no se lo voy a decir. Es usted su madre.

LA MADRE. — Soy madre de Máximo, la madre más

dichosa en el mundo, sus palabras no me pueden ofender.

MARTA. — Y lo raro es, que lo sabe ya todo el mundo.

LA MADRE. (*Con orgullo*). — ¿Qué sabe todo el mundo de mi hijo?

MARTA. — ... que su hijo es un traidor.

LA MADRE. — ¿Mi Máximo, mi hijo, traidor? Mujer infame, salga de aquí. Salga, salga.

(*Empuja a Marta hacia la puerta*).

MARTA. — Ya me iré. No me apure. Gran cosa. Mi pie no quedará en casa de traidores. (*Vase*).

LA MADRE. — ¡Qué perversa mujer! Atreverse a hablar mal de mi Máximo! ¡Traidor! ¡Traidora será ella! ¡Cuánta maldad, cuánta maldad hay todavía en las almas de los hombres!

LA DUEÑA DE CASA. — No le haga caso, querida. Hombres hay de todas clases: buenos y malos. Dios los ha creado a todos, a los buenos para enseñarnos y a los malos para castigarnos por nuestras culpas, y debemos regocijarnos de los primeros y tolerar a los últimos como a un castigo de Dios!

(*Se abre la puerta, entra Máximo y se lanza en los brazos de su madre, que le acaricia, llora y ríe, repite incesantemente: "Mi Máximo, mi hijo, mi único, mi Máximo".*

La dueña de casa llora en voz baja y se va.

Pasados algunos momentos, la madre empieza a fijarse en el rostro de Máximo).

LA MADRE. — ¿Pero, Máximo, estás pálido, por qué estás tan pálido, Máximo mío?

MÁXIMO. — Por la dicha de verte, mamita, por la dicha de verte. (*Le besa las manos*).

LA MADRE. — ¿No estás enfermo?

MÁXIMO. — No, mamita, no estoy enfermo.

LA MADRE. — ¿Y no tienes hambre? ¡Ah, qué mala es tu madre, sólo piensa en sí, en su dicha inmensa!

MÁXIMO. — No, mamita, no tengo hambre.

LA MADRE. — Siéntate aquí,hijo mío, mi Máximo querido, ¿ves estas flores? tu mamá te las compró, tu mamá, que ni un solo momento dejó de pensar en tí.

(*Máximo empieza a llorar, esconde su cara en las rodillas de su madre*).

LA MADRE. — Máximo, Máximo, ¿qué tienes? Ven aquí... Dí a tu madre todo lo que tienes dentro de tu pecho, y tu madre te consolará... no hay culpa, no hay crimen de que tu madre no sea capaz de consolarte.

MÁXIMO. — ¿No oiste nada, mamá?

LA MADRE. — ¿Qué?

MÁXIMO. — ¿No has visto a algunos compañeros míos? ¿no te han dicho nada?

LA MADRE. — Hace poco estuvo aquí una mujer,

una infame, una canalla, y se atrevió a hablar mal de tí. Pero yo la eché de casa. Ja, ja, ¿crees que tu vieja madre no tiene fuerzas? Me siento capaz de defenderte de todo el mundo, de todos tus enemigos. Que vengan, que vengan todos, ya verán de que es capaz una madre que ama...

MÁXIMO. — ¿Y qué dijo esta mujer?

LA MADRE. — Pero, hijito, ¿para qué te lo voy a repetir? ¿Acaso sabes tú de que son capaces los malos.

MÁXIMO. — ¡Dímelo, madre, qué ha dicho esta mujer!

LA MADRE. — ¡Ah, Máximo, hay que perdonarla! Sabes, me parece que era una loca, tenía algo de loca, o de perversa, qué sé yo!

MÁXIMO. — ¡Madre, dime qué dijo esta mujer!

LA MADRE. — Dijo, esta malvada se atrevió a decir... que tú... que tú eres... un traidor.

MÁXIMO. (*Se levanta*). — Madre, ella ha dicho la verdad. Todo el mundo tiene el derecho de repetírmelo en la cara... que soy un traidor. Y esta palabra como un martillo pesado aplasta mi cerebro. Esta palabra se incrustó en mi alma, adquirió mil caras distintas, y en mil voces se repite: traidor, traidor... Todo me acusa hasta las cosas mismas, hasta las paredes me llaman traidor.

LA MADRE. — Hijo, hijo mío, no me hagas sufrir.

No te calumnies a tí mismo. No es verdad lo que dices, no es verdad.

MÁXIMO. — Es verdad, mil veces verdad.

LA MADRE. — No me hagas sufrir, Máximo. Tú no conoces todo el dolor de tu madre, tú no has visto qué luz iluminó mi alma cuando llegaste. No apagues esta luz, no mates a tu madre...

MÁXIMO (*Con un grito de desesperación*). — Madre, sálvame, sálvame.

LA MADRE. — Máximo, amado mío, cálmate y calma tu cabeza, tu cabeza loca... je, je... siempre, toda la vida ha sido algo loca... y cuéntame todo, cuéntame todo, sin ocultar nada, y tu madre te comprenderá...

MÁXIMO. — Mamá, mamita mía... Fué como un sueño. Era la noche de Resurrección, y mi alma sentía un júbilo tan grande, como si hubiera resucitado yo; junto con El... Y mi alma llegó a una paz tan perfecta, como nunca antes. En esto se presentó el zar, y no sé más qué pasó entre nosotros, sólo sé que al final, cuando me dió la mano, la tomé y la besé...

LA MADRE. — ¿Y esta es tu traición, Máximo, que besaste la mano al zar?

MÁXIMO. — Esta es mi traición.

LA MADRE. — ¿Y nada más?

MÁXIMO. — Ves, madre, aún tú no me crees.

No delaté a nadie: antes me hubiera dejado

crucificar. Pero me traicioné a mí mismo. Máximo, anarquista, que besa la mano al zar. ¿No es esto una traición?

LA MADRE. — Perdóname, hijo, no dudaba de tí. (*Besa sus manos*). ¿Tan poco orgullosa consideras a tu madre? ¡Yo, madre de traidor! Nunca... No dudaba de tí, hijo mío, perdóname...

MÁXIMO. — Pero, mamita...

LA MADRE. — ¡Y no eres traidor! Ante todo el mundo te defenderé... Que se atreva alguien a llamarte traidor, le arrancaré los ojos, le escupiré en la cara.

MÁXIMO. — Pero, mamita, soy culpable.

LA MADRE. — No eres culpable ¿oyes? y no te atrevas a repetírmelo. (*Con orgullo*). Yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo.

MÁXIMO. — Tú eres una santa, mamá.

LA MADRE. — No soy más que madre, una pobre madre que entre sufrimientos inmensos dió a luz a su niño, para que sea feliz; (*con lágrimas en los ojos*), y todo el mundo conspira contra tí, para arrebatárteme, para dejarme pobre, sin hijo y sola.

MÁXIMO. — Mamá, yo soy mi mayor enemigo. No tengo enemigo más grande que yo mismo; y si nadie ni nada estuviese a mi alrededor, si

viviese en un bosque, en un desierto, sufriría lo mismo...

LA MADRE. — ¿Aún estando conmigo?

MÁXIMO. — Aún estando contigo, pobre mamá.

LA MADRE. — ¿Y quién tendría la culpa de tus penas?

MÁXIMO. — Nadie, mamá, nadie, algo que está en mí, tal vez mi alma que anhela llegar a Dios... y cuanto más esfuerzos hace para llegar a El, más sufre por su impotencia. (*Con una amarga sonrisa*). Yo nací con la cruz, mamá.

(*Entran dos compañeros de Máximo. Este se les adelanta con la mano extendida. Los compañeros no la aceptan*).

EL PRIMER COMPAÑERO. — Somos delegados de la federación anarquista y venimos a oir de sus propios labios el relato de su crimen.

MÁXIMO. — ¿Y qué desean ustedes de mi?

EL PRIMER COMPAÑERO. — Ya lo hemos dicho: queremos que usted nos confiese su traición... (*Mirando a la madre*). Pero preferiríamos quedar solos con usted.

LA MADRE. — ¿De qué crimen hablan ustedes? ¿De qué traición? Oíd, y oídlo bien, lo que mi hijo hizo era hermoso, fué tan sublime su acto que os deslumbra y os ciega y os vuelve incapaces de comprenderle. Y en lugar de venir a condenarle deberíais arrodillaros ante él, como lo

hago yo, (*se arrodilla ante Máximo*), y besar sus manos e implorarle perdón por aquellas lágrimas de sangre que llora su alma.

MÁXIMO (*Quiere retirar sus manos*). — Mamá, ¿qué haces, mamita?

EL PRIMER COMPAÑERO. — ¿Y usted no hace callar a su madre?

MÁXIMO. — Es mi madre.

EL PRIMER COMPAÑERO. — Traidor, es usted un traidor, y nada tenemos que hablar con usted. (*Vanse los dos compañeros*).

LA MADRE. — Animo, Máximo, ánimo, fortalece tu alma. ¿Ves?, ¡la lucha será dura, cruel! Los hombres no han llegado a la verdad, y toman por verdad lo que sólo es su apariencia. ¿Y sabes por qué? Porque no escuchan al corazón, no lo escuchan, porque no tiene palabras, no tiene palabras y es mudo, pero sabe la verdad, la verdad sin palabras, la verdad no de hoy y de ayer, sino de todos los tiempos. (*Toma entre sus manos la cabeza de Máximo y la besa*). Y hazte fuerte, Máximo mío. (*Ríe*). Mira a tu madre. Todo el mundo es poco para arrebatarle su hijo. Fortalece tu voluntad, porque la lucha será dura y cruel. (*Ríe*). Para vencer, Máximo mío, hay que conocer el peligro, no hay que engañarse: el peligro es grande, pero si fuera mil veces más grande, lo venceríamos...

¿dudas? Lo venceré yo, yo sola, aunque sea contra tu voluntad. (*Entra Andrés*).

MAXIMO, LA MADRE Y ANDRES

MÁXIMO. (*Lanza un grito*). — Andrés, Andrés, mamá, es Andrés.

Máximo quiere abrazar a Andrés y no se atreve, quiere darle la mano y la retira con temor. Andrés, sereno y triste, estrecha la mano a Máximo.

MÁXIMO. — ¡Tú Andrés, sabes ya todo!

ANDRÉS. — Sí.

MÁXIMO. — ¿Te lo contaron?

ANDRÉS. — Sí.

MÁXIMO. — ¿Y me consideras traidor?

ANDRÉS. — No estaría entonces aquí. (*Con una sonrisa de profundo dolor*). — Te esperaría en la calle para matarte. No eres traidor, pero tu acto es malo, muy malo.

MÁXIMO. — ¡Si supieras todo!

ANDRÉS. — No quiero saber nada. No hay disculpa. No hay disculpa a tu acto: es un crimen.

MÁXIMO. — Mamá, déjame solo con Andrés.

LA MADRE. — No, no te dejaré.

MÁXIMO. — Mamá, te ruego, te conjuro que me dejes solo con Andrés.

LA MADRE. — Me iré, me iré. Veo que Andrés no es tu enemigo; te dejaré con él, pero volveré pronto, muy pronto. Necesitas a tu madre ahora (*mirando a Andrés con cierta desconfianza*) más que a Andrés, más que a todos en el mundo.

ANDRES Y MAXIMO

ANDRÉS. (*Severo*). — Y un crimen hay que expiarlo.

MÁXIMO. — ¿Con la muerte?

ANDREAS. — No. Con un acto terrorista.

Día por día se repiten las demostraciones en la calle. La banda negra, tácitamente ayudada por la policía, dispersa a los revolucionarios, hiriendo y matando. Y lo hacen en nombre de Dios, a quien tú buscas y en nombre del zar a quien tú besaste la mano.

Escucha, Máximo; desde que te tomaron preso, nuestro movimiento ha decaído, nuestras filas se llenaron de nuevos elementos que buscan sólo la parte exterior de las cosas, que viven de su anarquismo como un pordiosero avaro se enriquece con sus limosnas. Tú nos faltas. ¿Comprendes? Sólo tú supiste elevar nuestro

movimiento a un nivel superior y libertarle de pequeñeces que amenazan estrangularnos, sólo tú has sabido conquistarnos almas tan puras como Katia.

MÁXIMO. — ¿Katia murió?

ANDRÉS. — Katia murió. ¿Lo sabías?

MÁXIMO. — Lo sabía. ¿Y tú?

ANDRÉS. (*Con inmenso pesar*). — ¿Y yo? Yo la mandé a la muerte, como ahora te mando a tí. Tú debes expiar tu falta... ante todo el mundo. Ahora eres para los nuestros como un cadáver viviente!

MÁXIMO. — ... o traidor.

ANDRÉS. — Pero después de tu acto volverás a ser el Máximo de antaño, y nuestro movimiento adquirirá la pureza y brillo que antes tenía.

(*En este momento se oye un gran ruido en la calle. Máximo abre la ventana*).

MÁXIMO. — Una manifestación.

ANDRÉS. — Otra vez. Otras víctimas inútiles.

(*Se oye el canto de la Internacional. Voces masculinas y femeninas*).

Este será el último combate por la Libertad.
Con la Internacional resucitará la Humanidad.
¡Qué hermosas palabras!

MÁXIMO. — Sí... Encierran en sí otra verdad.

ANDRÉS. — Hay una sola verdad. Una sola verdad

hay en el mundo. Lo demás es mentira. Ya se acerca la banda negra... Lo sabía.

MÁXIMO. — Con el retrato del zar y la imagen de Dios.

(*Se oye el himno ruso. Voces masculinas*).

Dios guarde al Zar!
Zar poderoso,
Zar Ortodoxo,
Reina glorioso,
A los enemigos hazlos temblar.

(*Los dos himnos se confunden. Estalla algo como una lucha que dura algunos momentos. Vence el uno, después el otro, y al fin la Internacional es sofocada por el poderoso himno: "Dios guarde al Zar". Al mismo tiempo se oyen gritos salvajes y gritos de dolor*).

ANDRÉS. — Y ahora empieza el último acto del drama. (*Se ríe amargamente*).

MÁXIMO. (*En estado de nerviosidad extrema*). — Déjame por un momento solo, Andrés. Vete a la otra pieza. No, por la otra puerta, para que no te encuentres con mamá. (*Vase Andrés*).

MAXIMO (solo).

Y ahora llegó el último acto del drama, de mi propio drama. (*Ríe*). Matar para salvarlos, ma-

tar para salvarme... ¿Y cuál es el derecho de matar? Andrés ha dicho: ser dueño de sí mismo, saber vivir y saber morir. ¿Soy acaso dueño de mi vida y de mi muerte? Mil veces he pensado en el suicidio y nunca he tenido el valor suficiente para realizarlo. Soy cobarde, cobarde... la vida me azotaba como un látigo y yo besaba la mano que tenía este látigo, como he besado la mano del zar.

(*Ríe de nuevo*).

Ah, ah, la vida tenía también para mí sus atractivos: mamá, Irene, Katia, Andrés... Les amaba con toda mi alma y en el amor de ellos buscaba la paz; y la dicha me sonreía con sonrisa de niño. Pero aun en el fondo de la dicha y de la paz estaba la guerra. La guerra, la guerra, la guerra maldita, peor que la que pasa en la calle. ¿Y qué quiero yo? ¿Qué quieres, alma mía? Dime lo que quieres. ¿No contestas? Nada, nada... Eres obscura y negra; maldita seas, mil veces maldita... ¿Matar, o no matar? No, no... no... no.

(*Anda a grandes pasos por la pieza, repitiendo*):

No... No...

Ah, ah; pero Katia mató. Era tan pura, tan hermosa, tan profundamente buena, y sin embargo, mató. No te olvides, mató, mató...

¿Y mamá? Mamá es una santa y llorará el crimen de su hijo. ¿El crimen? ¿Quién dijo el crimen? Tú, tú mismo lo has dicho. Ja, ja, ja... ¿Quién, eres tú? ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¿Tú eres Dios? Bien. (*Se arrodilla*). — ¡Dios mío, tú a quien yo buscaba toda mi vida, díme qué debo hacer, ¿debo matar, o no debo matar? Hazme una señal, haz un milagro. Si tu existes, lo harás; tú sabes la angustia de mi alma, tú no puedes callar, no debes callar. Nada, nada, estoy en tinieblas.

(*Cae una piedra lanzada de la calle a los pies de Máximo. Este la levanta, la mira*).

Ah, aquí está la señal. Debo cumplir el destino. ¡Adelante, adelante! (*Grita. ¡Andrés, Andrés!* (*Entra Andrés*).

MAXIMO Y ANDRES

MÁXIMO. — Estoy pronto. Dame el arma.

ANDRÉS. (*Entregándole un browning que Máximo guarda*). — Así te amo. Máximo. Así eres mío. De nuevo eres mío. (*Después de una breve pausa*). Escucha, querido, yo siempre te alejé de los actos terroristas, sin que tú llegaras a sospecharlo. Pero ahora es inevitable.

MÁXIMO. — ¡Es inevitable y así lo quiero!

ANDRÉS. — Escucha, Máximo, yo te amaba; a un solo ser en el mundo amé tanto como a tí, pero ahora es inevitable...

A pocos pasos de aquí encontrarás al gobernador en el club, en la mesa de juego, derrochando el dinero del pueblo que se muere de hambre. El provocó a la banda negra.

MÁXIMO. — Y él morirá.

(*Entra la madre de Máximo. Pálida, como una muerta se lanza en los brazos de su hijo*).

LA MADRE. — Máximo, Máximo, no quiero quedar más ni un solo instante sin tí. No quiero dejarte solo ni por un segundo. Tengo un presentimiento, un presentimiento que me ahoga.

MÁXIMO. — Y sin embargo, yo debo irme, mamá. No llores, madre; volveré...., volveré pronto y ya nunca nos separaremos.

(*La abraza y la besa*).

LA MADRE. (*Llora*). — ¡Hijo mío, hijo mío, presiento que nunca te volveré a ver!

MÁXIMO. — Te prometo volver...

LA MADRE. — No. No irás. No te dejaré. Antes pasarás por encima del cadáver de tu madre.

(*Se coloca en la puerta con los brazos extendidos, y parece como clavada en la puerta, como Cristo en la cruz*).

MÁXIMO. — Te conjuro, madre, por tu amor hacia mí, déjame salir.

Andrés. — No tema usted por su hijo. No le pasará nada malo.

Máximo. — ¡Te lo juro!

(*Las manos de la madre caen como muertas*).

La madre. — Bien, bien, vete; que Dios sea contigo y te guarde del mal. (*Lo besa y lo persigna*).

(*Máximo se arranca de los brazos de la madre y huye*).

LA MADRE Y ANDRES

La madre. — Dígame, Andrés, ¿a dónde ha ido mi hijo?

Andrés. — No lo puedo decir.

La madre. — ¡Dígame por lo menos si ha ido para su bien!

Andrés. — Se ha ido para su bien.

La madre. — Júreme, júremelo por su madre.

Andrés. — Yo no tengo madre.

La madre. — Siempre se tiene madre. Aún cuando muere, siempre vive y vela por sus hijos.

Andrés. — Mi madre me dejó cuando tenía apenas dos años, para huir con su amante, y en mi alma no hay para ella más que maldición.

La madre. — ¡Pobre Andrés!

Andrés. — Y nunca conocí cariño en mi vida.

La madre. — ¡Pobre, pobre Andrés!

ANDRÉS. — Y no amé a nadie, hasta que me encontré con ella y con Máximo.

LA MADRE. — ¡Así que usted ama mucho a mi hijo!

ANDRÉS. — ¡Más que a un hermano!

LA MADRE. — Mi Máximo es bueno, ¿no es verdad?

ANDRÉS. — Máximo es bueno, pero enfermo.

LA MADRE. — ¿Enfermo, dice usted?

ANDRÉS. — Sí, tiene una grave enfermedad que mina profundamente su alma; aspira a ser grande, y lidia contra todos y más consigo mismo para llegar a la grandeza. Y sufre cuando sucumbe en la lucha, y sufre cuando triunfa, porque su sed de grandeza no tiene límites.

LA MADRE. — Lo que usted llama grandeza tiene otro nombre.

ANDRÉS. — ¿Qué otro nombre?

LA MADRE. — El nombre de Dios.

ANDRÉS. — Yo no creo en Dios.

LA MADRE. (*Después de una pausa*). — ¿Por qué es usted anarquista, Andrés?

ANDRÉS. — Porque amo al pueblo.

LA MADRE. — ¿Acaso se puede amar al pueblo, cuando no se amó a la madre?

ANDRÉS. (*Queda muy pensativo, y por último dice*). — Es verdad.

(*En la escena que sigue, Andrés queda absorto en sus ideas, contesta maquinalmente, está como en un otro mundo. Entra Irene y lo sa-*

luda. Andrés le contesta silenciosamente. Entra Irene).

IRENE. — (*Aproximándose a la madre de Máximo:*) Yo soy Irene.

LA MADRE. — ¡La novia de mi Máximo!

IRENE. — He sido la novia de Máximo.

LA MADRE. — ¿Y ahora no?

IRENE. — Y ahora mi alma ha muerto, no amo a nadie en el mundo, ni a mí misma.

LA MADRE. (*Conmovida*). — Ah, Irene, Irene, usted cree culpable a mi hijo! y sufre por Máximo! Entonces es usted mi hermana, mi hija. (*Abraza a Irene, le acaricia los cabellos, la besa*).

(*Irene llora en silencio*).

LA MADRE. (*En voz imperativa a Andrés*). — Andrés, diga usted a Irene, si Máximo es culpable o no!

ANDRÉS. (*Maquinalmente, sin mirar a nadie*). — No.

IRENE. — ¿Entonces Máximo no...?

LA MADRE. — Sí, Máximo besó la mano del zar, pero fué en la noche de Resurrección de nuestro Señor.

IRENE. — Usted no sabe qué abismo separa al zar de nosotros.

LA MADRE. — No sé, hijita, no sé; pero, dime *¿no es el zar un hombre?*

IRENE. — Ya no son hombres, son clases que están unas frente a otras, clases enemigas, que lucharían hasta la muerte.

LA MADRE. — Tendrás razón, hijita, tendrás razón. Ustedes han estudiado tanto, y yo soy una pobre campesina. Pero, díme, hijita, ¿para qué luchan los hombres?

IRENE. — Luchan por la justicia, por el derecho.

LA MADRE. — ¿Quieres decir por la verdad?

IRENE. — Sí, por la verdad.

LA MADRE. — Pues, dime, hijita, ¿qué es verdad?

IRENE. — La verdad es la igualdad entre los hombres.

LA MADRE. — ¿La igualdad en el dolor?

IRENE. — No. La igualdad en la dicha.

LA MADRE. — Y dime, hijita, ¿te parece que el zar es dichoso?

IRENE. — El zar impide que los demás sean dichosos. No hay dicha posible fuera de la dicha de todos.

LA MADRE. — ¡Qué sería para mí la dicha de todos los hombres, de todo el mundo, si mi Máximo no fuera dichoso! Nada... La vida — un desierto, y la dicha una ofensa...

IRENE. (*Se arrodilla ante la madre y cubre sus manos con besos y lágrimas*).—¡Qué hermosa es usted, madre, qué hermosa!

LA MADRE. — Hermosa eres tú, Irene. (*La acari-*

cia). Serás la mujer de Máximo, y las dos velaremos por él, y las dos seremos invencibles, le defenderemos de todos sus enemigos, hasta de él mismo... pero no sé por qué tarda tanto en llegar... estoy inquieta y me duele el corazón. Andrés, Andrés, ¿dónde está mi hijo?

(*Andrés no contesta*).

LA MADRE. — Andrés, dígame usted, por fin: ¿a dónde se ha ido mi hijo? Dígamelo por favor de Dios, dígamelo... ¿No ve usted la angustia que se apoderó de mi alma? Dígame a dónde se ha ido mi hijo, sino me moriré... En nombre de Cristo, dígamelo. (*Cae sin fuerzas sobre una silla. Aparece Marta*).

MARTA. — Huíd, huíd, pronto estará aquí la policía. Máximo atentó contra la vida del gobernador.

(*La madre lanza un grito y cae sin sentido*).

ANDRÉS. — ¿Huyó?

MARTA. — No. Se mató en el acto. Huíd, huíd, antes que sea tarde. (*Huye*).

IRENE. — (*Mortalmente pálida*). Huya usted, Andrés.

ANDRÉS. — No. No puedo sobrevivir a estas dos muertes.

IRENE. — Huya, por interés del partido.

ANDRÉS. — Por interés del partido me quedo.

(*La puerta se abre con violencia. Entran los*

gendarmes y el espía que se lanzan sobre Andrés, lo registran y lo encadenan).

PRÍNCIPE VOLSONSKY (*Jefe de gendarmes*). — Por fin tenemos al pájaro. ¿Y esta señorita? (*Mira a Irene y lanza involuntariamente un grito*): ¡Irene, Irene, mi hija!...

(*El general se transforma, como por milagro. Inclina la cabeza y da unos pasos inseguros para acercarse a Irene*).

EL GENERAL. — Yo te he maldecido, es verdad, pero te perdono, hija mía, mi amada, mi única. Ven conmigo, Irene, vuelve a casa de tu padre...

Irene queda inmóvil; con una señal de cabeza indica el cadáver de la madre de Máximo. El general mira el cadáver, se quita la gorra y hace la señal de la cruz. Algunos gendarmes siguen su ejemplo. El espía se ríe. De una próxima iglesia llegan los tonos del canto: Memoria eterna.

La Plata, 1916.

FIN

IMPRENTA MERCATALI
Calle José A. Terry 285 - 95
:: BUENOS AIRES ::